

Brigitte EN ACCIÓN

Lou Carrigan

Maldito espionaje

Brigitte recibe una oferta para incorporarse a una nueva e importantísima agencia de noticias llamada Agencia Telaraña, aunque no acepta, ya que es fiel al Morning News, y además no le gusta el nombre de esa agencia. Piensa que, con este nombre, se quiere dar a entender que la agencia, al igual que una telaraña, lo abarcaría y atraparía todo y sería el más completo y grandioso organismo informativo del mundo… Nada que oponer, todos tenemos derecho a buscar las mejores oportunidades. Pero todo cambia mucho cuando asesinan brutalmente a un agente de la CIA, uno de los Simones, el cual, antes de morir tiene tiempo para dibujar en el suelo a su lado unos garabatos que nadie sabe interpretar… excepto la agente Baby: es el esquemático dibujo de una telaraña.



Lou Carrigan

Maldito espionaje

Brigitte en acción - 485

ePub r1.2
Titivillus 27.10.2020


PROYECTO SCRIPTORIUM
Titivillus culpa est

Brigitte
EN ACCION



Capítulo primero

—¡Ajá, te pillé! —Vociferó Minello, entrando de sopetón en el despacho de Brigitte en el Morning News—. ¡Esta vez no has podido dame esquinazo!

Brigitte alzó sus bellísimos ojos azules hacia lo alto, como en busca de la protección del cielo.

—Frankie, ¿cuántas veces he de suplicarte que no grites? ¿Y cómo he de decirte que no entres en mi despacho como si fuese los vestuarios de un equipo de *rugby*?

—Zambomba, cómo te pones por nada —refunfuñó Frank Minello—… Simplemente, me he puesto tan contento de verte que no he podido contener mis exageradas muestras de afecto y alegría. Además, cada cual es como es, ¿no? ¿Acaso te he pedido yo a ti alguna vez que hables en voz alta? No, ¿verdad? Entonces ¿por qué tienes que exigirme tú a mí que hable en voz baja?

—No te pido que hables en voz baja: solamente te pido que no grites.

—Pero si no grito… ¿cómo me vas a oír?

—Muy fácilmente, pues tengo el oído muy fino.

—¿Que tienes el oído muy fino? ¿Tú? ¡Vamos, vamos, abuela, no me hagas reír! ¡Todas las viejas estáis casi completamente sordas!

—¿Abuela? —Enrojeció Brigitte de pura rabia—. ¿A quién has llamado abuela? ¡¿A quién has llamado VIEJA?!

—Vaya, abuela, déjate de tonterías… ¿Qué? ¿Vamos a almorzar juntos?

—¡Fuera de aquí! —señaló Brigitte la puerta furiosamente—. ¡Estúpido! ¡Y no vuelvas a hablarme en toda tu absurda vida!

—Pero abuela…

—¡Fuera! ¡FUERA!

—¿Quién entiende a las mujeres? —Estaba pasmado y

consternado Minello—. Uno viene cariñosamente a visitar a su abuela para invitarla a almorzar y… ¡Zambomba! ¿Qué es esto? ¿Qué pone aquí? —Se había detenido contemplando el letrero escrito en la puerta de cristal del despacho de Brigitte—. ¿Qué ven mis ojos? ¿Aquí pone que este despacho es de *MISS* MONTFORT?

—¡FUERA HE DICHO!

—Pero entonces… ¿usted es esta tal *Miss* Montfort? —Se volvió a mirarla con ojos desorbitados Minello—. ¿Estoy en el despacho de *Miss* Montfort? ¿No es usted la señora Minello, mi abuelita tan amada? ¡Zambomba, me he equivocado de despacho! —Frankie regresó hacia la mesa de Brigitte—. ¡No sabe cuánto lo siento…! Es que me he dejado las gafas en casa, y sin ellas no veo demasiado bien… Pero ahora que me fijo… ¡desde luego que no es usted mi abuela! ¡Vaya metedura de pata! No, no es usted mi abuela, decididamente… Zambomba, ¡pero si usted es una niña! Oh, cielos, qué encantadora niña de ojos azules y boca de amor, oh, cielos, qué criatura más deliciosa y encantadora están viendo mis cansados ojos de trabajador miserable, oh, cielos, qué juventud más pletórica hay en ese rostro bellísimo, que dulzura la de esa angelical mirada azul, oh, cielos qué… ¿Qué le pasa ahora?

—Por favor, calla —suplicó Brigitte, sin poder dejar de reír—… ¡Cállate, Frankie, por favor!

—¿Cómo he de callar? ¿Cómo he de silenciar el amor que acabo de experimentar el encontrarme ante una jovencita tan deliciosamente hermosa que me hace sentirme como en el cielo disfrutando de visiones angelicales? ¡Oh, cielos, qué…!

—Frankie, calla… ¡que me vas a matar de risa!

—De risa, ¿eh? —Se plantó de pronto serio e incluso enfurecido Minello ante Brigitte, casi echándose encima de la mesa—. ¡Pues yo estoy que muerdo de rabia! ¿Se puede saber por qué siempre me das esquinazo? ¿Eh? ¿Se puede saber? ¡No mereces que te ame tantísimo!

—Eso es verdad —reconoció Brigitte—: no lo merezco. Pero, Frankie, así es la vida, un saco de injusticias…

—¡No te me pongas ahora filósofa, y dime solamente si vamos a almorzar juntos o no vamos a almorzar juntos!

—Vamos a almorzar juntos.

—¡Pues te advierto que…! ¡Ah! ¿Has dicho que sí?

—He dicho que sí.

—Ay —se llevó Frankie las manos al corazón—… Ay, que me desmayo… ¡Que me desmayo, que me desmayo de emoción súbita y palpitante de amor…!

—Si te desmayas no podrás acompañarme —advirtió Brigitte, riendo de nuevo.

—¡Pues no me desmayo! ¡Venga, rápido, vamos a almorzar y a mirarnos a los ojos rebosando amor y ternura!

Brigitte salió de detrás de su mesa, recogió el chaquetón y el bolso de la percha, agradeció que Frankie la ayudara a ponerse el primero, y dijo:

—Hay un pequeño problema.

—Lo sabía —cerró los ojos Minello—. ¡Lo sabía, no podía ser cierta tanta felicidad!

—La verdad es que no creo que sea un problema importante… Digamos que es más bien un… pequeño retraso sobre nuestra hora habitual. Tengo que ir a ver a Jefferson Nightindale, Frankie.

—¿A ese mastuerzo? ¿Para qué?

—¿No te has enterado de que ha puesto una agencia de prensa internacional?

—Sí, algo he oído —Minello soltó un bufido—… ¡Qué estupidez! Ese sujeto ha sido siempre un periodista de lo más mediocre, un bocazas bueno para nada, un fantasmón de la prensa… ¡Y nada menos que pone una agencia de información periodística y se coloca él como director general! ¡Y no me digas que no tengo razón, no me digas que ese Nightindale no es un periodista de los peores que hemos conocido en nuestra vida!

—La verdad es que tienes razón —admitió Brigitte—… Como periodista siempre ha sido bastante… deficiente. Pero mira, Frankie, la vida ofrece a veces buenas oportunidades, y saber aprovecharlas también es un mérito personal. Lo que quiero decir es que, si bien como periodista siempre fue un fracaso, tal vez como director de agencia de prensa resulte un fuera de serie.

—Sí, ya… ¿Y por qué vas a verlo?

—El propio Nightindale me lo ha pedido.

—¿Te ha pedido que vayas a verlo? ¡Vaya, seguro que piensa ofrecerte un empleo en esa agencia de prensa! ¡Pues sí que es espabilado el sujeto…! ¿O crees que quizás es para hablarte de otra

cosa?

—No, no lo creo. Al igual que tú, me huelo que quiere pedirme que trabaje para la Cobweb Agency.

—¿Cobweb[1]? ¡Pues vaya nombrecito le ha ido a poner a su agencia! ¡Él sí que está hecho una buena araña! ¡Es más feo que un mico disecado! Y además, ¿qué te importa a ti que él quiera ofrecerte trabajo en su agencia? ¿Acaso piensas aceptar?

—Desde luego que no. Pero es un colega, Frankie, y no me pareció cortés rechazar su invitación para visitarlo. De manera que si te parece bien, primero pasamos por la Cobweb, que total está un par de manzanas más abajo, y luego nos vamos a almorzar.

—O sea, que con Nightindale piensas estar solamente un par de minutos, el tiempo justo para agradecerle su oferta, rechazarla y decirle que hasta la vista.

—Exactamente.

—Bueno, pues vamos. Zambomba, me pregunto de dónde ha sacado Nightindale el dinero para poner una agencia de prensa, pues eso no cuesta cinco centavos, me parece a mí.

—Quizá lo que él llama pomposamente una agencia de prensa sea un modesto despachito con dos máquinas de escribir, un ordenador y un télex, Frankie.

—No me extrañaría, porque ese sujeto ha sido siempre un fanfarrón inútil. Oye, hace un día estupendo: podemos ir paseando tranquilamente hasta esa agencia de prensa.

—De acuerdo.

—Zambomba, ¡qué lujazo! ¡Pasear en un mediodía de sol por la Quinta Avenida!

—Preferiría estar tumbada en la playa de Waikiki Beach, pero, vamos, tengo que reconocer que pasear por la Quinta Avenida tampoco está tan mal.

—Si prefieres que nos vayamos los dos de vacaciones a Waikiki…

—¡No es mala idea! —Rió Brigitte—. Bueno, vamos a ver ese despachito de nuestro colega Nightindale.

Nada más que un niño lo hubiera empujado con un dedo, Frank Minello habría caído de espaldas sobre el rutilante suelo de la Agencia de Prensa Telaraña, que no era, precisamente, un

«despachito».

Ubicadas en el piso vigésimo de uno de les edificios de la Quinta Avenida, ocupaba una extensión de cuatrocientos metros cuadrados, en cada uno de los cuales se ponía de relieve el buen gusto, el confort, y la eficacia personal y de maquinaria. Unas treinta personas iban de un lado a otro por entre la más moderna maquinaria del más moderno periodismo; se entiende, maquinaria de comunicación, no de impresión; máquinas electrónicas, ordenadores, télex, telefax, tratadoras de texto, teléfonos… En algunos puntos adecuados, hermosas plantas naturales de refrescante y relajante verdor. A la izquierda de la entrada, la pared era de cristal, es decir, que uno parecía hallarse directamente encima de la Quinta Avenida, a setenta metros de altura.

—Zam… bomba —pudo mascullar por fin Minello—… ¡Zambomba!

—Lo mismo digo yo —murmuró Brigitte—. Sentémonos.

—¿Te parece que somos dignos de estos sensacionales butacones?

—Me permito suponer que si están aquí es para que la gente se siente en ellos, Frankie.

—Bueno, pero cuidado con mancharlos, ¿eh? ¡Zambomba, zambomba y zambomba!

Se sentaron los dos en suntuosos butacones, acordes con el resto. Todo nuevo, todo moderno, todo de primera calidad. Minello seguía pasmado.

De pronto, dijo:

—¿Y qué…? ¿Qué me cuentas de Salman Rushdie?

—¿De quién?

—Mujer, de ese hindú-británico que ha escrito ese libro titulado Versos Satánicos, consecuencia de lo cual ha sido que el Jomeini le haya condenado a muerte… ¡Brigitte, no me digas que no te has enterado de eso!

—Claro que sí. La pregunta es: ¿vale la pena hablar de ello?

—De algo se ha de hablar. Es para ver si se me quita el pasmo que me ha producido ver todo esto… De modo que… ¿qué me cuentas de Salman Rushdie?

—Que él se lo ha buscado.

—¿Ah, sí? —La miró vivamente Minello—. ¿Qué quieres decir?

—Él ha blasfemado contra la religión islámica, de modo que ahora deberá atenerse a las consecuencias.

—¡No me digas que estás de acuerdo con Jomeini!

—Claro que no, en cuanto a ordenar que eliminen a Rushdie, pero sí entiendo que es Rushdie quien lo ha hecho mal en principio. Porque mira, Frankie, nosotros, que no tenemos nada que ver con el islam, quizás algún día escribamos en uno de nuestros artículos algo que pueda molestar u ofender a los creyentes del islam, pero sería debido a nuestra ignorancia del Corán, ¿comprendes? No habría habido mala fe, ni ánimo de buscar complicaciones: sólo ignorancia. Pero el señor Rushdie, al parecer, conoce muy bien el Corán, así que cuando ha escrito blasfemias contra él sabía muy bien lo que estaba haciendo. Por lo tanto, que se atenga a las consecuencias.

—¿Y cómo podemos estar seguros de que ha escrito blasfemias?

—Incluso el Vaticano así lo ha admitido, tras estudiar su libro. Y ya que mencionamos el Vaticano: la Iglesia Católica, cuando uno de sus fieles comete algún desmán de orden religioso, lo excomulga, como castigo. Resulta que el Corán dice…, si estoy bien informada, que los que hagan lo que ha hecho Rushdie deben morir. Así que… ¿tú qué opinas?

—Pues yo opino… ¡Un momento, he sido yo quien te ha pedido opinión a ti!

—Pues ya te la he dado.

—Pero entonces… ¿qué pasa con la libertad de expresión?

—La libertad de expresión no incluye, creo yo, ofender a otras personas ni a sus creencias religiosas. Tú puedes discrepar de cualquier religión, pero no ofenderla. Si lo haces, atente a las consecuencias. Es muy sencillo. Frankie. Hace mucho tiempo, los seres humanos se inventaron unas normas de conducta, unas leyes, unas formas de comportamiento y convivencia, y nos gusten o no, ahí están. Si no te gustan, simplemente las apartas de tu vida, como he hecho yo con cualquier religión…, pero no ofendas a nadie. Piensa que lo que para ti no tiene sentido para otras personas forma parte sustancial de sus vidas. ¿Con qué derecho puedes ofender tú a otras personas, a otras vidas?

—Zambomba… ¡Y a mí que me resultaba simpático el señor Rushdie!

—¿Ya no te resulta simpático?

—Pues… tendré que reflexionar de nuevo sobre el asunto.

—Esa me parece una buena decisión.

—Desde luego las personas nos complicamos la vida, a veces. Ése…

La encantadora joven que los había recibido en la Cobweb reapareció, rogándoles que la siguieran, pues el señor Nightindale les estaba esperando.

Minello negó con la cabeza.

—No, yo no he sido…

—El señor Nightindale sabe que acompaña usted a la señorita Montfort, y no tiene la menor duda de que a ella no le molesta que usted la acompañe… Sabe que son muy buenos amigos.

—¿Amigos? —Masculló Minello—. ¡Somos más que amigos! ¡Somos… somos… somos…! ¿Qué es lo que somos Brigitte?

—Seres fraternos —rió Brigitte.

—Eso —asintió Minello—. ¿Ha oído usted? ¡Seres fraternos!

La encantadora joven rió quedamente, y los precedió por el suelo que parecía de espejo hacia el despacho de Jefferson Nightindale. Nada más entrar, Minello pareció de nuevo a punto de desmayarse ante el lujo y el buen gusto del lugar. Pero sonrió de oreja a oreja, divertidísimo, cuando vio a Jefferson Nightindale trotando hacia ellos tras rodear su enorme mesa. Realmente, el señor Nightindale era feo, y, en cierto modo, se parecía, efectivamente, a un mico. Un mico grande y encorvado, de maliciosos ojillos vivaces y diminutos. Debía de medir apenas metro setenta, era peludo, inquieto y feo…, pero vestía ropas de primera calidad y del mejor gusto.

—Ah, señorita Montfort, cuánto placer recibirla… Siempre ha sido usted una de mis colegas más admiradas, y aunque digamos que hemos navegado a distintos niveles en el río del periodismo espero que se acuerde de mí…

Minello quedó atónito ante la verborrea de Nightindale, y Brigitte, consiguiendo contener su risa, tendió la mano a su anfitrión.

—Por supuesto que le recuerdo, señor Nightindale. Aunque es cierto: siempre hemos trabajado de modo diferente y en temas diferentes.

—Sí, sí, exactamente. Muy amable. ¿Qué tal, señor Minello?

—Pasmado —aseguró Frankie—. ¿De dónde ha sacado usted todo esto? Porque la instalación de esta agencia no ha debido de costar cinco centavos, me parece a mí.

—Bueno —rió Nightindale—, digamos que soy un hombre de recursos.

—Esto no se hace con recursos, sino con dólares.

—Sí, claro… Por favor, siéntense. ¿Desean fumar?

—Yo no. Y si alguien fuma en mi presencia lo detestaré.

—Yo sí fumo, gracias —dijo Brigitte.

—Menos a ella —se apresuró a añadir Minello… ¡A ella no la detesto! Brigitte se dedicó a contemplar inexpresivamente a Nightindale mientras encendía el cigarrillo que le había ofrecido en una cajita de marfil. Frankie tenía razón: ¿de dónde había sacado un vulgar periodista como Nightindale el dinero necesario para todo aquello? Podía averiguarlo sin el menor problema recurriendo a la CIA, pero se preguntó si valía la pena: la agente «Baby» interesándose por los milagros económicos de un colega y movilizando para ello nada menos que a la CIA. No, verdaderamente, no valía la pena…

—Bueno, supongo que se ha estado preguntado usted para qué le rogué que viniera a visitarme —decía Nightindale—. Habría ido yo al Morning News, pero no me pareció ético.

—¿Por qué no?

—Porque ir a ofrecer trabajo a un periodista a la sede de otro periódico no es correcto, me parece a mí.

—Estamos de acuerdo.

—En cambio, es perfectamente legítimo y honesto ofrecer trabajo a cualquier persona que desee mejorar en su nivel profesional.

—Mejorar en su nivel profesional —repitió Brigitte, como si no hubiera entendido bien—… ¿Quiere usted decir que hasta ahora yo no he conseguido mis metas profesionales y que podré conseguirlas entrando a formar parte de la plantilla de la Cobweb?

—Bu-bueno, no… no era eso exactamente lo que quería decir… Vaya, no soy ningún tonto, señorita Montfort, sé muy bien quién es usted en el periodismo… Es precisamente por eso que quería contratarla para la Cobweb.

—O sea —dijo Minello—, que usted quiere lo mejor del mundo

para su agencia.

—Efectivamente —asintió Nightindale—… Y puedo ofrecerle un sueldo fabuloso.

—Lo siento, señor Nightindale, pero no me interesa —dijo amablemente Brigitte.

—Todavía no le he dicho cuál sería su sueldo.

—Pero yo sí le he dicho a usted que no me interesa. La verdad es que he venido sólo por cortesía, para que no tuviera usted la impresión de que Brigitte Montfort era una colega maleducada o antipática. También he venido a felicitarlo y a desearle suerte. Pero no aceptaré su empleo, no importa lo que me ofrezca.

Jefferson Nightindale parpadeó, y Minello se convenció: era como un mico.

—¿He dicho o hecho algo que la haya molestado? —Se interesó Nightindale—. Si es así le ruego que me perdone, pues no era mi intención…

—Todo está correcto, no se preocupe. Es simplemente que no quiero dejar el Morning News. Ni tengo por qué hacerlo, pues si deseo que mis reportajes se difundan por el mundo entero ya tengo una agencia que adquiere los derechos directamente del Morning. Y no necesito más dinero del que tengo.

—¿Sabe usted? —Dijo Minello—. Existe una actitud en la vida que se llama fidelidad.

—Nadie les pagará nunca su fidelidad, señor Minello.

—Claro que no, ya que la fidelidad no es una cuestión de pagos.

—Ya. Bien… Tengo la impresión de que sería perder el tiempo insistir en contratar a la señorita Montfort. Incluso me parece que tampoco usted aceptaría, Minello.

—Tampoco.

—Y no se lo tome a mal —sonrió amablemente Brigitte—. Ya le he dicho que sólo he venido porque no me pareció bien desairarlo.

—Es muy de agradecer —murmuró Jefferson Nightindale—. Y no insisto. Pero le aseguro, señorita Montfort, que no sabe usted lo que se pierde.

—¿Qué quiso decir? —Masculló una vez más Minello—. ¿Qué quiso decir aquel mico con eso de que «no sabes lo que te pierdes»?

—Ésa es una frase hecha, Frankie, no le des más importancia. Y si te parece, vamos a terminar nuestro trabajo por hoy. Yo vengo de

tarde en tarde al despacho, de modo que no puedo perder tanto tiempo.

—¿Quieres decir que yo pierdo el tiempo?

—Quiero decir que ya hemos ido a visitar a Nightindale, ya hemos almorzado, ya hemos convenido que vendrás a cenar a casa… Cielos, ¿qué más quieres?

—Realmente pedir más sería pecado mortal —sonrió Minello de orejota a orejeta—. Y como yo no quiero blasfemar…

El teléfono sonó. Brigitte atendió la llamada en el acto.

—¿Sí?

—…

—Ah, señor Pitzer, es usted —se tensó el rostro de Brigitte, que sabía que no podía ocurrir nada bueno si el jefe de la CIA en Nueva York la llamaba al periódico—… ¡No me diga que me llama para decirme que no tiene rosas rojas para mi apartamento! Ya que es usted mi florista, debe complacerme cueste lo que cueste, ¿no?

—…

—Comprendido —susurró Brigitte, pálida—… Sí, comprendido…

Capítulo II

Finalmente, a las seis de la tarde, la señorita Montfort llegó al aeropuerto de Oakes Field, en la isla de Nueva Providencia, de las Bahamas. Por supuesto, la estaban esperando. Dos hombres. Uno de ellos en el vestíbulo, y que fue quien se hizo cargo del más que reducido equipaje de la periodista-espía. El otro, dentro del coche, a pleno sol y con vistas a las palmeras que se recortaban en un cielo azul pálido residencia de gaviotas, Brigitte se sentó en el asiento de atrás, junto al hombre que esperaba en el coche, mientras el que la había recibido a ella colocaba su maleta en el portaequipajes; ni una sola vez había hecho intención de hacerse cargo, también, del maletín rojo con florecillas azules estampadas que llevaba Brigitte.

—Sea bien venida —dijo el del coche—. Yo soy Simón-Nassau.

—He conocido ya a varios Simón-Nassau —murmuró Brigitte—, pero encantada, Simón. Aunque debo decir que en esta isla he tenido algunas de las más… enojosas peripecias de mi carrera de espía.

—Bueno —movió la cabeza Simón-Nassau—, éste es un lugar muy internacional, así que tiene lógica que pasen muchas cosas…, y no siempre agradables.

Brigitte asintió. El otro Simón se puso al volante. El coche partió. Era una tarde espléndida, con reflejos de sol en un mar que a veces parecía de cobalto. Simón-Nassau tendió un sobre a Brigitte.

—Supongo que quiere ver las fotografías.

—¿Las fotografías? —Exclamó Brigitte—. ¿Quiere decir que ya han enviado el cadáver a Estados Unidos?

—No. No… Puesto que se nos dijo que usted iba a venir lo preparamos todo para esta noche: saldrá en un avión a las diez de la noche. Bueno, estas fotografías las tomó la policía local, que es la que en principio se hizo cargo del asunto. Casi enseguida, intervinieron nuestros bien amados primos del MI5, y en cuanto

identificaron a nuestro compañero como agente de la CIA nos pasaron aviso… Entre unas cosas y otras transcurrieron veinticuatro horas, así que no se la pudo avisar a usted antes.

—Entiendo. Es decir, que lo mataron ayer por la tarde.

—Por la tarde, no. Fue a eso de las once de la mañana.

—Entonces han transcurrido treinta y una horas.

—Sí… Claro.

Brigitte tomó el sobre, sacó las fotografías en color y ampliadas, y comenzó a pasarlas. Todas correspondían al mismo hombre, al mismo lugar, al mismo hecho: una muerte. El hombre yacía de bruces sobre una pequeña porción de arena rodeada de rocas. Se le veía el lado derecho de la cara, pues la cabeza se apoyaba sobre la mejilla izquierda. Sobre la arena, a menos de medio metro de él, había una pistola. El hombre vestía pantalones claros, un jersey azul oscuro, y calzaba zapatillas deportivas. Tenía dos balazos, uno en la espalda y otro en la nuca. El de la espalda no se veía apenas, pues quedaba disimulado por el color del jersey, pero el de la nuca destacaba de un modo escalofriante. Brigitte sabía ya, pues se lo habían dicho durante el viaje privado organizado sólo para ella, que el agente asesinado de la CIA se había llamado Walter Baines, y que su lugar habitual de trabajo era Miami, así que de entrada todos se hacían la misma pregunta: ¿qué había ido a hacer Walter Baines a Nassau? Y además, de un modo precipitado, y robando una lancha…

—Expliquen la versión que han conseguido entre ustedes y los del MI5 —pidió Brigitte.

—Lo que tenemos muy claro es que fue asesinado. Los dos balazos, por la espalda. Está claro que el primero que recibió fue el de la espalda, pero todavía tuvo fuerzas para intentar escapar. Finalmente, lo alcanzaron y lo remataron.

—Explíquemelo desde el principio.

—Para nosotros, el principio empieza en el momento en que la pareja que estaba entre esas rocas haciendo el amor oyeron la llegada de las lanchas… Por cierto, tenemos a la pareja a nuestra disposición. Ella sobre todo está muy enfadada y angustiada, y no para de exigir que la dejemos marchar.

—Nos ocuparemos de eso inmediatamente. ¿Qué vio esa pareja?

—Bueno, los dos estaban entre esas rocas, en un sitio parecido el

que usted ha visto en las fotografías. Eso está en Delaporte Point. Hay una bonita playa allí, pero la salpican muchas rocas, formando pequeños… refugios muy discretos. Tan discretos que es una gozada ir allá a hacer el amor a pleno sol. Bueno, la pareja estaba allá, oyeron la llegada de dos lanchas y entonces abandonaron su actividad y echaron un vistazo, por si llegaban otras personas al lugar con las mismas intenciones que ellos, no fuesen a meterse en su nidito de amor. Entonces, vieron a Baines corriendo torpemente por la playa hacia las rocas. Evidentemente, había saltado de una lancha, que quedó flotando a merced de las olas. Mientras Baines se escondía entre las rocas, llegó la otra lancha. En ésta viajaban tres hombres. Uno de ellos se quedó al cuidado de la lancha, y los otros dos saltaron a la playa, y, siguiendo las huellas dejadas en la arena por Baines, lo localizaron entre las rocas. La pareja de amantes vio cómo uno de los dos sujetos apuntaba con su pistola y disparaba. Llevaba silenciador. Luego, los dos hombres regresaron a la lancha y se marcharon en dirección a Nassau…, después de vaciarle los bolsillos a Baines, naturalmente. Es de suponer que querían saber quién era, y quizá si había tomado microfotos, o, en fin, algo parecido.

—O sea, que se lo quitaron todo a Baines.

—No, no todo.

—Ah, sí, ya he visto la pistola sobre la arena. Pero es natural que no se la llevaran: una pistola siempre es una pista comprometedora, y esa clase de gente no suele carecer de armas, precisamente. Bueno según parece, Baines llegó en tan precarias condiciones que una vez escondido entre las rocas ni siquiera tuvo fuerzas para disparar. Debieron de encontrarlo ya prácticamente muerto, y simplemente lo remataron con el balazo en la nuca.

—Así lo creemos nosotros.

—Supongo que no debía de llevar nada que le comprometiera con la CIA.

—Es de suponer que no.

—Debía de llevar su documentación personal, sin más detalles. O sea, que los que lo asesinaron no sabían ni saben todavía que era de la CIA… a menos que se hayan interesado por los acontecimientos posteriores y hayan visto el movimiento del MI5, la intervención de ustedes…

—Podría ser. En cualquier caso, como le he dicho, a Baines no se lo quitaron todo. Doblada y metida dentro de un calcetín llevaba esta tarjeta postal.

Simón-Nassau tendió otro sobre, más pequeño, a Brigitte. Ésta sacó la postal que contenía, efectivamente señalada como de haber estado doblada.

Era un paisaje marino, una preciosa playa. Detrás tenía impreso bien claramente que era un obsequio del New Sun Hotel. Brigitte alzó lentamente la mirada.

—O sea —susurró—, que Baines estuvo en este hotel…

—Eso creemos. Ese hotel está en dirección a Nassau si consideramos la posición base como las rocas donde fue hallado muerto. Es decir, que la lancha que perseguía a la de Baines venía de allá y volvió hacia allá, es decir, en dirección a donde está el New Sun Hotel. Por otra parte, si Baines no hubiera querido significarnos nada especial no se habría colocado la tarjeta postal dentro del calcetín, ¿no le parece?

—Sí. Pero me pregunto si realmente fue él quien puso la tarjeta postal en su calcetín.

Simón-Nassau torció el gesto.

—Ya hemos pensado en eso —masculló—… Pudieron ponérsela los tipos que lo remataron, pero… ¿por qué hacerlo?

—Pueden haber tenido mil motivos para hacerlo, Simón… Pero, realmente, quizá no debamos complicar tanto las cosas, y, por el momento, aceptar que fue Baines quien estuvo en ese hotel, recogió la tarjeta, y se la puso en el calcetín…, lo cual podría indicar que temía que pudiera ocurrirle algo y por si así sucedía quería dejarnos una pista.

—Eso hemos pensado.

—¿Y se están ocupando de ello? ¿Qué están haciendo al respecto?

—Nos están ayudando los del MI5. Por el momento, están consiguiendo para nosotros la lista de todos los clientes que había en ese momento en el New Sun Hotel. Y si hay alguien de Miami yo creo que tendremos una buena pista.

—Es decir, que al parecer Baines se vino desde Miami detrás de alguien que habitualmente reside allá.

—¿No está usted de acuerdo con esta teoría? —se sorprendió

Simón.

—En principio, sí. Parece todo muy claro: Walter Baines está trabajando normalmente en Miami, haciendo algo sin relieve especial; de repente, ve a alguien que le llama la atención, y lo sigue; esa persona o personas llegan a un lugar donde tienen amarrada una lancha, o quizás un yate, y zarpan. Nuestro infortunado Simón no se resigna a perder de vista a ese personaje o personajes, de modo que utiliza el recurso del robo de vehículo, en este caso la lancha que tiene más a mano en ese mismo embarcadero… De modo que roba esa lancha y zarpa en seguimiento de la otra embarcación, con la cual una o varias personas que interesaban a Baines llegan a Nassau, al parecer al embarcadero del New Sun Hotel. Esas personas entran en el hotel, y Baines hace lo mismo. Seguramente, ve a esa persona o personas, pero, al mismo tiempo, él es detectado, o, posiblemente, la persona perseguida se había dado cuenta y ya le estaba esperando…, es decir, le esperaban asesinos a sueldo de esa persona. De modo que Baines, dentro del hotel, se da cuenta de que se ha metido en un buen lío, y que está solo, y que no ha dicho a nadie dónde está ni a quién está siguiendo… Sin duda con muy buena lógica, teme por su vida. Entonces, disimuladamente, coge una tarjeta postal del hotel, la dobla, y se la pone dentro del calcetín: si le matan, él tiene la esperanza de que nosotros, sus compañeros, encontraremos la tarjeta y nos pondremos sobre la pista. Si no le matan, simplemente, pasará el informe. Así las cosas, y puesto que ya sabe a dónde ha viajado desde Miami la persona que tanto le interesa, se dispone a alejarse de lugar tan peligroso…, pero, en efecto, la orden de muerte contra él ya ha sido dada, y tres sujetos salen en su persecución. Baines salta a su lancha y zarpa. Tras él, zarpan en otra lancha los tres asesinos. Muy pronto, Baines comprende que le van a dar alcance, pues la lancha de los otros es más veloz que la suya… Se le acercan tanto que, con sus disparos, logran herirlo en la espalda; ahora sí que las cosas están mal. Y, claro, si continúan navegando le van a alcanzar irremisiblemente, de modo que, como última esperanza, Baines se dirige a tierra, salta a la playa y, dejando abandonada la lancha, intenta despistar a sus perseguidores; en tierra hay muchas más oportunidades, pero tiene una bala en la espalda, le faltan las fuerzas, sabe que no va a poder

escapar, de modo que corre hacia unas rocas, se esconde entre ellas, saca la pistola dispuesto a vender cara su vida…, y ni siquiera tiene fuerzas para sostener la pistola, que cae de su mano. Él también cae de cara a la arena. Llegan los dos asesinos, lo encuentran así, posiblemente ya muerto debido al primer balazo en la espalda, pero, por si acaso, le meten una bala en la nuca. Ya muerto Baines, le quitan todo lo que lleva encima…, menos una tarjeta postal dentro de un calcetín. ¿Está de acuerdo con esto, Simón?

—Bueno —salió de su pasmo el agente de la CIA jefe en las islas Bahamas—. Todo parece indicar que así sucedió todo, ciertamente.

Brigitte asintió, y miró de nuevo las fotografías, de las cuales separó dos, para sorpresa e intriga de Simón-Nassau. El Simón que conducía el coche no había dicho ni palabra, limitándose a su trabajo y a mirar con frecuencia a la bella pasajera por medio del retrovisor.

—Quiero que me hagan ampliaciones mayores de estas dos fotografías —dijo Brigitte.

—Eso se hace rápido —asintió Simón-Nassau—. Pero ¿puedo saber por qué? ¿Ha visto usted en ellas algo especial?

—Se lo diré cuando vea las ampliaciones… aunque puedo adelantarle que sería algo… absolutamente fantástico, o sea, que debe de ser todo cosa de mi imaginación descontrolada. Son demasiados años de espionaje —suspiró—, y a veces creo ver elefantes volando… Supongo que ahora vamos a ver a la pareja de amantes.

—Sí, salvo que usted disponga otra cosa.

—No, no, está bien así. Y luego quisiera echar un vistazo a la lancha que Baines robó en Miami. Supongo que la tenemos.

—Sí, por supuesto.

—Perfecto. Ahora, vamos a dar un pequeño cambio a mi paisaje facial, pues no deseo ser identificada. Vamos a ver…

La señorita Brigitte Montfort, alias Baby, abrió su maletín rojo con florecillas azules estampadas y del doble fondo sacó una peluca rubia. Con ésta, y con un par de pequeños trucos más que también llevaba en el maletín, y añadiendo el muy socorrido recurso de ponerse unas gafas de sol, la señorita Montfort dejó de tener el aspecto de la señorita Montfort.

La pareja de amantes le resultó simpática a la rubia que,

evidentemente, mandaba en todo el grupo de hombres que pululaban por allí, alrededor del chalé en el cual llevaban confinados más de veinticuatro horas…, y por añadidura sin hacer el amor.

Era una pareja atípica, pero, al mismo tiempo, muy corriente en los lugares tropicales de veraneo: él era un hermoso negro joven y musculoso; ella, una dama británica de unos cuarenta y cinco años que se había tomado unas vacaciones huyendo de Londres, y que había querido vivir la vida intensamente durante un par de semanas. Para ello, había elegido las Bahamas, y, ya en las Bahamas, a un joven encantador y complaciente que, sin duda, debía de haber conseguido sacar de penas el cuerpo de la británica, cuyo nombre era Thelma Evans. Divorciada y sola en la vida. En sus condiciones, ¿quién no aprovecharía la menor oportunidad para escaparse de unas oficinas de Londres y tomar el sol y la vida en las Bahamas?

—En realidad —les dijo la rubia lo mismo que ya les habían dicho los agentes de la CIA y del MI5—, les han retenido más para favorecerlos que para perjudicarlos, señorita Evans. Nadie mejor que ustedes dos para saber que nos las estamos viendo con asesinos, ¿no es así? Tuvieron ustedes mucha suerte de que ellos no les vieran, pero aun así, todas las precauciones son pocas. ¿Están seguros los dos de que nuestros dibujantes han captado bien sus explicaciones para hacer estas fotos-robot?

Mostró las diversas fotos-robot conseguidas por un par de dibujantes de la CIA durante el tiempo de «reclusión por seguridad» de la pareja. Y los dos aseguraron una vez más que las fotos-robot eran prácticamente perfectas.

—¿No vieron al tercero, al que se quedó en la lancha?

—Sí, sí lo vimos —dijo el hermoso negro Jackson Miles—, pero estaba demasiado lejos, y no distinguimos sus facciones.

—Comprendo. Sí, es natural.

—¿Cuándo podremos irnos? —suplicó una vez más Thelma Evans.

—En cuanto oscurezca mis compañeros los llevarán en helicóptero a Florida, y allí podrán continuar sus vacaciones durante unos días.

—Pe-pero… ¡yo tengo que regresar a Londres!

—Si usted quiere regresar a Londres, hágalo. Y si usted —Brigitte miró a Miles—, desea regresar a Rawson Square en busca de otra inglesa madura y apasionada que le haga regalos durante sus vacaciones, hágalo. Pero si yo fuese ustedes, y una espía de mi experiencia me dijera lo que yo les estoy diciendo a ustedes, seguiría su consejo. ¿Me he explicado?

—Vaya que sí —sonrió Miles.

—Pero yo… tengo el billete de regreso —se consternó Thelma Evans—… ¡No puedo estar más tiempo fuera de Londres!

—¿Por cuestión profesional o de dinero? —inquirió la rubia.

—Bueno —se sonrojó la británica—, la… la verdad es que… invertí todos mis ahorros en… en estas vacaciones, y ahora no… No puedo… prolongarlas más…

—Tú no me dijiste eso —exclamó Miles—… ¡Me dijiste que eres una divorciada rica!

—Bueno, me… me gustaste tanto que… que dije lo que dije para que… no te alejases de mí…

—Pues igual habría estado contigo, porque me gustaste, de modo que…

—Esperen un momento —alzó las manos Baby—… Cielos, no nos obsequien ahora con una love story, por favor. Les voy a entregar ahora mismo diez mil dólares, se instalan en Florida, en un agradable hotel o motel unos cuantos días, y allá comentan sus relaciones. Cuando esto de aquí esté solucionado, yo les hago llegar la noticia, y entonces hacen lo que más les agrada. ¿Conformes?

—Oh, sí —se sonrojó Thelma Evans—… ¡Por mí encantada!

Brigitte abrió su maletín, sacó del doble fondo diez mil dólares, y los entregó a la británica.

—¿Sabe, señorita Evans? —sonrió—. A mí siempre me han gustado las personas que afrontan con realidad sus propias debilidades y sus deseos, sin dárselas de puritanas ni tonterías parecidas. Les deseo una feliz estancia en Florida.

—¡Lo será! —Exclamó Thelma—. ¿Verdad, tigre mío?

La rubia no pudo contener una carcajada.

Pero dos horas más tarde, ya de noche, cualquier vestigio de risa, o tan sólo de buen humor había desaparecido de la expresión de la agente Baby, mientras contemplaba, dentro de su ataúd, al agente de la CIA Walter Baines, muerto en acción. Le habían

taponado las fosas nasales y los oídos, y su rostro se veía como de cera. Nada a lo que la espía no estuviera ya más que acostumbrada… Había visto en su vida tantos muertos que ya no le impresionaban demasiado, ésta era la verdad. Pero, ciertamente, los hombres que habían matado a Simón-Walter Baines, como siempre, habían firmado su sentencia de muerte.

Minutos más tarde, el ataúd que contenía les restos mortales de Walter Baines despegaba rumbo a Estados Unidos.

—Maldito espionaje —susurró la agente Baby, mirando alejarse las luces de posición del aparato.

Capítulo III

En la lancha que Baines había robado en Miami para viajar con ella hasta las Bahamas no encontraron nada da particular, a excepción de la cantidad poco usual de latas de combustible, lo que explicaba que hubiera podido efectuar la travesía de Miami a Nassau, de unos trescientos kilómetros, sin que le llegase a faltar el combustible.

—Al parecer —comentó Simón-Nassau—, él comprendió que el viaje iba a ser largo, y consiguió estas latas de gasolina de alguna manera.

—No —rechazó Brigitte—… Yo no lo creo así, Simón. Si nuestro compañero hubiera tenido tiempo para hacer algo, lo que habría hecho habría sido llamar por teléfono a Simón-Miami, ya que, evidentemente, no llevaba encima radio de bolsillo… Sí, sí hubiera tenido tiempo habría avisado a alguien de lo que estaba ocurriendo, y ahora tendríamos una pista sólida.

—O sea que, simplemente, él tuvo la suerte de que la lancha que robó tenía gasolina de sobra almacenada.

—O bien de las que podía robar en aquel momento inmediato, eligió la que tenía gasolina de repuesto.

—Claro. Debía de haber varias lanchas cerca de él. O sea, que estaba en un embarcadero. Sí, la lancha de los tres tipos debía de estar allá, y él…

—No, no. No fue la lancha de los tres asesinos la embarcación que Baines persiguió desde Miami. No habría podido. Recuerde que con esa lancha los tres le alcanzaban, y fue por eso que Baines saltó a tierra herido, para tener más probabilidades de escapar. Si hubiera seguido esa lancha, la habría perdido, se habría quedado atrás en una travesía de trescientos kilómetros. Por tanto, él tuvo que navegar siguiendo una embarcación menos rápida que la lancha de los tres asesinos, más lenta que la lancha que él había robado.

—Un yate, entonces.

—Eso podría ser. Un yate que zarpó de Miami antes del amanecer, a una hora poco usual. Me imagino a nuestro compañero Baines echando un vistazo por los embarcaderos de Miami, digamos de modo rutinario, tal como nos han pasado el informe los compañeros de Miami… De pronto, Baines ve una o varias personas que despiertan su interés de modo tan extraordinario que no las pierde de vista, las sigue, las ve abordar un yate, y éste zarpa. Baines ni lo duda: roba la lancha más equipada para una posible larga travesía, y zarpa en pos del yate.

—También pudo ser que la atención de Baines la atrajese el propio yate en sí, y no una o varias personas que lo abordaran.

—En cuyo caso, podríamos pensar que, por algún motivo, el yate en cuestión era… algo especial, porque no creo que un yate normal y corriente con bandera norteamericana atrajera excesivamente la atención de Baines.

Y también puede ser que viese cargar algo especial en el yate… En cualquier caso, la cuestión es que tuvo que ser una embarcación menos rápida que esta lancha y que todo sucedió tan deprisa qua Baines prefirió zarpar en el acto en pos de ese hipotético yate, aun sin avisar a Simón-Miami o a cualquier compañero… Supongamos que estuvieron navegando todo el resto de la noche, es decir, desde las dos o las tres de la madrugada hasta que hacia las diez llegaron a Nassau. El yate se fue directo al embarcadero de ese nuevo y fastuoso hotel, el New Sun, y amarró allí. Baines llegó, dejó la lancha donde pudo, y desembarcó, siempre siguiendo a las personas del yate, que también habían desembarcado y entraban en el hotel por la parte del embarcadero. Baines siempre iba tras ellos, vigilándolos, y estaba tan absorto en esto que tardó en darse cuenta de que, a su vez, otras personas se habían dado cuenta de que él estaba vigilando a las personas que acababan de llegar en el yate…

—Y estas otras personas eran los tres asesinos.

—Exacto. Estos tres asesinos, por tanto, no habían viajado en el yate, sino que se habían quedado en Nassau, con la lancha. Ellos vieron a Baines, comprendieron que estaba vigilando a sus amigos recién llegados en yate desde Miami, y se dispusieron a cazarlo. Baines terminó por darse cuenta, claro, comprendió que, de vigilar, había pasado a ser vigilado, y por tres sujetos de cuidado, claro está, él tenía que conocer la catadura de estos profesionales… De

modo que decidió marcharse de allí puesto que ya sabía dónde estaba la persona que le había interesado…, y por si le ocurría algo, se las arregló para coger una tarjeta postal, doblarla, y colocársela en el calcetín. ¿Correcto?

—Correctísimo —masculló Simón—. A menos que, como usted bien dijo, habría que saber si realmente fue Baines quien puso esa postal en su calcetín. Porque si no fue él, nos han tendido una cortina de humo que nos está dejando completamente a ciegas en este asunto.

Brigitte asintió, y echó una última mirada en torno. La cabina de la lancha era de reducidas dimensiones, pero tenía sitio para un par de literas angostas y una cocinilla. Había sido retirada del agua y dejada en la arena seca, por lo que producía una extraña impresión hallarse dentro y que no se notara movimiento alguno. El registro había sido minucioso en todo el interior de la lancha, incluso causando roturas.

—Ocúpense de que sea devuelta a su propietario en Miami —murmuró la divina espía—. Y ciertamente, compensen a ese hombre por todos los desperfectos y perjuicios.

—Pero sin mencionar a la CIA.

—Claro que no. Nada más faltaría eso, con la mala prensa que tenemos. Salgamos.

Salieron a cubierta, y de allí saltaron a la arena, donde había dos policías negros de las Bahamas y un agente del MI5 británico además de un par de agentes de la CIA. No había nadie más en Delaporte Point a aquella hora de la noche, pero la zona estaba indirectamente iluminada por las luces del cercano Delaporte Village, y de Nassau.

En el mar parecía flotar una luna de color calabaza. Eran casi las doce de la noche.

La rubia agradeció a la policía isleña y al hombre del MI5 la colaboración prestada, y se alejó de la playa, hacia donde esperaba el coche en el que había llegado hasta allí. Al volante estaba el agente encargado de conducir. Simón-Nassau llegó tras Brigitte, y se sentó a su lado en el asiento de atrás.

—Nuestros compañeros se quedan ahí para ayudar en lo de la devolución de la lancha —dijo Simón-Nassau.

—De acuerdo. Vámonos.

—¿Insiste usted en que ni siquiera nos acerquemos al New Sun Hotel?

—Insisto: primero quiero ver esas fotografías más ampliadas. ¿Lo encargó?

—Desde luego. Iremos al apartamento donde tenemos…

—Nada de eso. Es muy posible que nos hayan estado vigilando a nosotros durante nuestra actividad investigadora, y de ninguna manera deseo que sepan dónde pueden ustedes reunirse en un momento dado. Ya es incómodo que los conozcan, así que no aumentemos los riesgos diciéndoles dónde pueden encontrarlos. Llame por la radio para que el agente que tenga esas ampliaciones nos espere en el aeropuerto. Y pida un helicóptero para mí.

—Muy bien.

Simón-Nassau obedeció punto por punto.

Cuando llegaron al aeropuerto, el helicóptero ya estaba preparado a las órdenes de la agente Baby, y el Simón que portaba las fotografías también estaba esperando.

La rubia se hizo cargo de las fotos, y frunció el ceño al ver otro sobre.

—¿Y esto?

—Es la lista de clientes actualmente alojados en el New Sun Hotel.

—Perfecto. Y ahora, olvídenlo todo.

Durante unos segundos los tres agentes de la CIA produjeron la impresión de que ni siquiera habían oído. Por fin, Simón-Nassau masculló:

—¿Qué dice?

—Que lo olviden todo, absolutamente todo. Como si nada hubiera ocurrido. No hagan absolutamente nada a menos que yo personalmente vuelva a requerir su ayuda. Espero haberme explicado bien, queridos.

—Sí, pero… pero… ¡Demonios, no lo entendemos! ¿Qué piensa hacer?

—Marcharme de las Bahamas —sonrió la rubia, señalando hacia el helicóptero que la esperaba—. Y va a ser ahora mismo. Gracias por todo… y cuídense, por favor.

Dejando a los tres hombres de la CIA con un beso en cada mejilla, la bellísima rubia se dirigió hacia al helicóptero, ante cuyos

mandos, cómo no, esperaba el Simón de turno, que sonrió absolutamente fascinado.

—La ilusión de mi vida —dijo—: hacer un servicio con Baby.

—Muy amable. ¿Está lo bastante despierto para volar a Miami?

—Por usted soy capaz de volar a Miami incluso sin helicóptero.

—Por si acaso, no nos arriesgaremos —sonrió Baby—: ya intentaremos eso en otra ocasión.

—Seguro que sí. ¿Adónde vamos, exactamente?

—Exactamente, al Opa-Locka Airport, que es adonde han llevado a nuestro compañero Baines. Cuando estemos cerca, llame para que nos estén esperando: quiero reunirme allá con Simón-Miami.

Por supuesto, Simón-Miami estaba esperando en el Opa-Locka Airport cuando Baby llegó. Se presentó a ésta, la acompañó hasta su automóvil, y la informó de que, sin problema alguno, Walter Baines había llegado, y que por la mañana se iniciarían las gestiones para llevarlo a su ciudad natal, en cuyo cementerio reposaría pera siempre.

Mientras conversaban, el coche circulaba por aquella parte de Miami, aunque por poco rato. Se detuvo ante un pequeño chalé situado junto a un canal, y Simón-Miami y la rubia fueron hacia él. El primero abrió la puerta, la empujó, y encendió la luz.

—Es lo mejor que hemos podido conseguir en tan poco tiempo —dijo.

—Es más que suficiente para mí. Además, sólo estaré aquí unas horas, para descansar mientras espero unos informes.

—¿Informes de Nassau?

—No. Vamos a la salita.

También aquí encendió la luz Simón-Miami. Brigitte se acercó lo máximo a la lámpara, y se dedicó entonces a examinar en silencio y con gran detenimiento las ampliaciones de las fotografías hechas en Nassau. Por fin, le tendió las fotos a Simón-Miami, y señaló un punto de una de ellas, relativamente cerca de donde se hallaba la cabeza de Walter Baines.

—¿Qué ve usted aquí en la arena?

—Pues... No sé... Vaya, yo diría que nada. Parece que hay unas cuantas rayas, eso es todo.

—Pero... ¿esas rayas no le sugieren nada..., ningún dibujo?

—La verdad es que no. Lo siento.

—Comuníquese con la Central, y pida de mi parte una investigación a fondo e inmediata respecto a la Agencia de Prensa Telaraña. Advierta claramente que preciso los resultados cuanto antes, pues no puedo seguir adelante con lo de Nassau hasta recibirlos. Yo voy a acostarme ahora mismo, y salvo que lleguen noticias de la Central, déjenme dormir hasta que me despierte por mí misma. ¿De acuerdo?

—Por supuesto.

Con las fotografías ampliadas y la lista de clientes del New Sun Hotel en la mano, Brigitte entró en uno de los dormitorios. Se desnudó completamente, se metió en la cama, y tomó la lista de clientes del New Sun Hotel, que leyó meticulosamente, nombre por nombre; era talmente como si todos y cada uno de esos nombres fuesen introducidos en la memoria de un ordenador: ya jamás serían olvidados. Por supuesto, todos los nombres (había exactamente ciento catorce) serían investigados por la CIA si era necesario, pero, de momento, a la espía internacional le parecía suficiente con conocerlos ella… y esperar el informe que la Central elaborase sobre la Agencia de Prensa Telaraña, de su anodino colega Jefferson Nightindale.

«—No puede ser —se dijo una vez más Brigitte—: sería demasiado fantástico».

Segundos más tarde dormía profundamente. Eran más de las cuatro de la madrugada.

Simón-Miami tocó en un hombro a Brigitte, y no se sorprendió en absoluto cuando ella, simplemente, abrió los ojos a se quedó mirándolo.

—Siento despertarla, pero me parece que ya no habría dormido usted mucho más, y como dijo que cuando llegaran noticias de la Central…

—¿Qué es lo que ocurre?

—A falta de proseguir la investigación en busca de más detalles, en la Central han decidido enviarle un informe inicial que consideran que será de su interés: la Agencia Telaraña es una sociedad que está capitalizada por medio de diez mil acciones de mil dólares cada una, es decir, que está constituida sobre la base de un capital de diez millones de dólares.

—No está mal. Pero no sabía eso, ni sabía que la Telaraña hubiese cotizado en la Bolsa…

—No cotiza en Bolsa. Las Acciones fueron emitidas y se las quedó todas una sola persona.

—¡No será Jefferson Nightindale! —Brigitte se sentó en la cama de un salto, tapándose a medias el pecho con la sábana—. ¿De dónde habría de sacar ese pobre hombre diez millones de dólares? De modo que ha tenido que ser alguien que tenga mucho dinero… ¿Sabemos el nombre?

—Desde luego: Mac Adam Ewing.

Brigitte parpadeó, estuvo luego inmóvil unos segundos, y, de pronto, alargó la mano hacia la mesita de noche donde había dejado las listas de las personas alojadas en el New Sun Hotel. Mac Adam Ewing…

Exacto. Allá estaba.

—¿A qué se dedica habitualmente el señor Ewing? —murmuró.

—Es propietario y director de la revista Great World, que sin duda usted conoce, pues tiene una gran tirada.

—Sí… Gran Mundo. Claro que la conozco. Es una buena revista, con un magnífico equipo informativo. Bueno, todo tiene sentido: una revista de gran difusión, una agencia de prensa… Si Baines no hubiese sido asesinado posiblemente ni me acordaría más de este asunto. Pero Baines fue asesinado, y antes de morir nos legó un dibujo. Porque eso, Simón, no son unas rayas, sino un dibujo, estoy segura.

Tomó las fotografías ampliadas, que también había dejado sobre la mesita de noche, y las tendió al jefe de CIA en Miami, que las miró con renovado interés, para terminar farfullando:

—Insisto en que yo sólo veo rayas.

—Sí, pero fíjese bien en ellas —las fue señalando Brigitte con un dedo—… Fíjese cómo están hechas, formando un dibujo… ¿No diría usted que el conjunto de estas rayas forman el dibujo de una telaraña?

Simón-Miami quedó un instante estupefacto. Acto seguido, lanzó una exclamación, y luego miró con los ojos muy abiertos a Brigitte.

—Jamás se me habría ocurrido —dijo, excitado—… ¡Pero es cierto, parecen formar una telaraña, un dibujo muy simple, como hecho por un niño…! Pero no puede ser.

—¿Por qué no?

—Porque si nuestro compañero Baines hubiese querido dejarnos la pista del nombre de la Telaraña, ¿por qué complicarse la vida? Habría escrito el nombre, y así habría estado seguro de que lo entenderíamos bien.

—Si llegábamos a verlo.

—¿Qué…?

—Indudablemente, él dibujó esto en la arena cuando, ya herido en la espalda, cayó de bruces. Comprendió qua iba a morir, pues no tenía fuerzas ni para sujetar la pistola, y sabía que los hombres que ya le habían herido en la espalda estaban a punto da alcanzarle. Sabía que le iban a rematar. Y entonces decidió dejarnos una pista… Pero si él hubiese escrito la palabra «telaraña», los asesinos la habrían visto claramente, y, por supuesto, la habrían borrado. En cambio, si dibujaba una telaraña cabía la posibilidad de que ellos no se fijaran en el dibujo, pero que nosotros sí lo hiciéramos.

Simón-Miami emitió un silbidito de admiración, y movió la cabeza con gesto de duda.

—Mire, si usted no hubiera intervenido, esto de la telaraña habría pasado por alto a la CIA. Y si he de serle sincero me pregunto cómo se le ha podido ocurrir a usted que este dibujo…, si es que es un dibujo, hace alusión a una telaraña.

—Son cosas que pasan —encogió los hombros Brigitte—. Casualidades. Pálpitos. De todos modos, si el informe no hubiera mencionado que el propietario de la Agencia Telaraña está en el New Sun Hotel de Nassau, yo habría desechado este dibujo definitivamente.

—Comprendo. Pero… ¿de dónde sacó Baines el nombre de Telaraña? Porque no creo que él conociera a ese Mac Adam Ewing, ni que supiera que era el propietario de la Agencia Telaraña…

—Claro que no. Y enterarse de algo de eso le costó la vida. Él se arriesgó demasiado, se acercó demasiado a Mac Adam Ewing y posiblemente a otras personas que estaban conversando con éste. De modo que pudo oír el nombre de Telaraña…, pero los asesinos se dieron cuenta de que Baines se estaba metiendo donde no le llamaban, y fueron a por él. Discretamente, eso sí. Tan discretamente, que Baines pudo arreglárselas para coger una postal y guardársela en el calcetín. Otra pista para nosotros. Y ya son dos:

la postal y la telaraña.

—Pues quizás aparezca una tercera pista.

—Quizás —admitió Brigitte, mirando con curiosidad creciente el dibujo que «parecía» una telaraña—… Pero de momento tenemos suficiente para empezar a trabajar intensamente en este asunto. Necesitaré de nuevo el helicóptero.

—Si va a la Central puedo proporcionarle…

—No tengo nada que hacer en la Central —le miró sorprendida Brigitte—… Simplemente, regreso a Nassau.

La preciosa muchacha negra se enfadó visiblemente con el empleado del hotel cuando éste le dijo que no sólo el señor Alan Downer no había llegado, sino que no tenían la menor noticia al respecto. No sabía quién era el señor Downer, y, ciertamente, no habían recibido por parte de él ninguna petición de reserva desde Nueva York.

—Imposible —insistió la muchacha—. Estoy en Nassau, ¿verdad?

—Así es.

—En las islas Bahamas, ¿no es así?

—Efectivamente.

—Y este es el New Sun Hotel, ¿correcto?

—Correcto.

—Pues entonces tienen que tener ustedes pedida una reserva a nombre del señor Alan Downer, de Nueva York. Una *suite*. Mire usted bien.

El empleado del hotel, asimismo de raza negra, comenzó a impacientarse, y señaló el ordenador.

—Puede que la petición de reserva llegue en cualquier momento —dijo—, pero por ahora no existe tal reserva. Le ruego…

—¡Un momento! —exclamó ella—. ¿Y a mi nombre? ¡Quizás haya hecho la reserva a mi nombre para no… Bueno, por discreción…! ¿Y a mi nombre?

—¿Cuál es su nombre? —suspiró el empleado.

—Flo… Bueno, Florence Maverick.

El empleado consultó el ordenador. Miró a la encantadora Flo Maverick, y negó como quien se resigna a sufrir nuevas incomodidades.

—Lo siento, tampoco hay petición alguna a nombre de usted.

—Si será cerdo… ¡Es capaz de haberme enviado aquí y no presentarse!

El empleado se abstuvo de hacer comentarios. Florence Maverick estuvo todavía unos segundos ante él, fruncido el ceño. Por fin, preguntó dónde estaba el bar, e informó al empleado que si llegaba la reserva del señor Downer le enviase allí el aviso. El empleado asintió. Conocía casos de lo más variado, y aquel de enviar lejos a una amiguita que comenzaba a ponerse pesada era de los más vulgares. De todos modos mirando a la bellísima Flo alejarse, contemplando sus piernas, su cuerpo de líneas felinas y su airoso caminar, el hombre se dijo que comprendía que el señor Downer, de Nueva York, se hubiera liado con la negrita Flo. Ojalá pudiera liarse él, porque la verdad era que Flo estaba para comérsela a mordiscos…

En el bar, con vistas a la playa y al embarcadero, la señorita Flo Maverick pidió un combinado de champán, miró alrededor, sonrió como quien decide olvidar cualquier enfado y dedicarse a vivir la vida, que es lo bueno, y encendió un cigarrillo.

Justo entonces, mientras estaba encendiendo el cigarrillo, vio la cara de uno de los dos asesinos del agente de la CIA Walter Baines. Ni su rostro ni su pulso sufrieron alteración alguna. Terminó de encender el cigarrillo mirando a otro lado, y al cabo de unos pocos segundos volvió a mirar en dirección al hombre cuyo retrato-robot habían confeccionado los dibujantes de la CIA siguiendo las indicaciones de Thelma Evans y Jackson Miles, la pareja de amantes que en aquellos momentos debían de estar disfrutando de la vida en Florida…

Ninguna posibilidad de error: era uno de los asesinos de Simón-Baines.

El hombre que conversaba con él sentado a la misma mesa estaba de perfil con respecto a Florence Maverick, pero ésta podía verlo suficientemente bien para saber que no era el otro asesino. Pero, ciertamente, podía ser el que se había quedado en la lancha.

Apenas quince minutos más tarde entró en escena otro personaje: un hombre alto, rubio, muy atractivo, de unos cuarenta años, vestido deportivamente, que fue a sentarse directamente a la mesa del asesino y el otro, los cuales hicieron un gesto como de

ponerse en pie. Ajá, el sujeto en cuestión no era uno de ellos, sino superior a ellos. Florence hizo una seña a un camarero negro, que se acercó prestamente, dispuesto a gozar del escote de Flo visto de cerca.

—¿Me pone más champán por favor? —pidió ella—. No otro cóctel, sino aquí mismo un poco más de champán. Es que soy muy rara.

Le sonrió. El negro también le sonrió. Escanció champán en su copa de combinado.

—¿Quién es aquel rubio tan guapo? —preguntó Flo.

El camarero miró con admirable discreción, volvió a mirar a Flo, y dijo:

—El señor Ewing. Tiene un yate ahí delante… Pero me parece que te estás equivocando de territorio, morena. Cuidado con lo que haces en este hotel.

—Oiga, ¿qué se ha creído usted? —Se enfadó Flo.

—Ya me has oído —le sonrió el camarero amablemente. Se alejó.

Flo no miraba al «rubio guapo», pero sabía que continuaba allí, conversando con los dos sujetos. El señor Ewing. Bien. Todo iba encajando de un modo admirable. Incluso demasiado admirable. Era como si a una persona le dieran solamente media docena de piezas de un rompecabezas que constase de cien piezas…, pero las seis de que disponía encajasen formando ya una parte concreta del juego. De manera que allá estaba uno de los asesinos de Simón-Baines, y con él estaba el señor Mac Adam Ewing, el propietario único y secreto de la Agencia Telaraña.

De repente, el asesino y su compañero se pusieron en pie y se dirigieron hacia la salida interior del bar, es decir, hacia la puerta que comunicaba con el vestíbulo. Flo Maverick se preguntó adónde iban pero se tendría que quedar sin saberlo, porque tenía la certeza de que si ella se ponía en pie y salía en pos de los dos hombres, el alto, rubio y guapo Mac Adam Ewing se daría cuenta, sospecharía algo. Muy bien, de todos modos ya sabía dónde encontrar al asesino. En cambio… ¿adónde iría el señor Ewing? ¿A su yate? Y ese yate… ¿era al que Baines había seguido desde Miami? Sí, todo iba encajando.

El señor Ewing, que no había tomado nada, se puso en pie un

par de minutos más tarde. Pareció reparar entonces en Flo Maverick, y se quedó mirándola con expresión de guapo simpático que sabe que es guapo y simpático. Flo sostuvo la mirada un par de segundos, y luego miró hacia el mar. Sin necesidad de mirar a Ewing supo que también éste abandonaba el bar, pero en dirección opuesta a sus amigos, es decir, por la puerta que se abría a la playa, la piscina, y, algo más allá, el embarcadero. Lo estuvo mirando hasta que, finalmente, el señor Ewing, en efecto, abordó uno de los yates amarrados al embarcadero privado del hotel.

La señorita Maverick se terminó el champán, dejó un billete sobre la mesa, y abandonó a su vez el bar, caminando como quien pasea hacia los embarcaderos…

Cinco minutos más tarde, paseando por el embarcadero, veía el nombre del yate que había abordado Mac Adam Ewing: *Abismo*.

Siempre como quien está paseando, Flo Maverick regresó al interior del hotel, y fue a preguntar en conserjería si habían recibido alguna noticia del señor Downer desde Nueva York. Respuesta negativa.

—¿Y no habrá alguna habitación libre pare mí sola? —Inquirió Flo—. Son las seis de la tarde, y bien tendré que alojarme en algún sitio.

El conserje estuvo a punto de lanzar un suspiro de alivio al comprender que se iban a poder quitar de encima a la señorita Maverick sin demasiadas complicaciones. Lamentablemente, dijo, no había ninguna habitación disponible en el New Sun Hotel, pero él podía darle la dirección de otro hotel «que también resultaba muy agradable», donde podría instalarse a la espera de que llegasen noticias del señor Downer. Le apuntó la dirección, y se ofreció a llamarle un taxi.

—No hace falta, gracias. Alquilé un coche en el aeropuerto nada más llegar, y lo tengo ahí fuera.

—Pero quizá no le sea fácil llegar al hotel, si no conoce la ciudad…

—Tengo un plano de ella —sonrió Flo—. Además, siempre he oído decir que preguntando se puede llegar incluso a Roma, así que imagínese al hotel —miró lo escrito en el papel—… al Hotel Pearl de Nassau. Seguro que está muy cerca de aquí. Y además, qué nombre tan bonito: Hotel Perla.

—Estará muy bien allí —insistió el conserje.

Ella asintió, hizo un gesto de despedida, y se encaminó hacia la salida.

Y nada más aparecer en la rotonda, vio al segundo asesino de Simón Baines.

Capítulo IV

Era inconfundible.

Acababa de llegar a la rotonda en coche, del cual terminaba de apearse, y, sin cerrarlo, se encaminó hacia la entrada del hotel. Flo comprendió que aquel hombre no iba a tardar demasiado en salir, y quiso saber a quién iba a visitar…, aunque cabían pocas dudas al respecto.

Lo vio entrar en el bar, siguiéndolo discretamente. Desde allí, el sujeto se dirigió hacia el embarcadero. Debía de haber esperado encontrar en el bar a Mac Adam Ewing… Flo regresó al exterior del hotel, y caminó hasta encontrar un lugar desde el cual pudiera ver el embarcadero y, en éste, el yate de Mac Adam Ewing.

No tardó mucho en reaparecer el asesino, y Flo comprendió que, en efecto, iba a regresar al coche.

De modo que se apresuró a regresar ella al suyo, ante cuyo volante se sentó. Ya tenía el motor en marcha cuando apareció el asesino en la rotonda, se metió en su coche, y partió.

Flo Maverick partió tras él…, lamentando haberse precipitado. Llevaba en el maletero su maleta y su maletín de viaje, y cuando menos debió sacar éste antes de sentarse ante el volante, a fin de tenerlo a mano, con todos sus recursos, por si surgían dificultades. Pero, en fin, era de esperar que no surgiesen demasiadas complicaciones: sólo se trataba de seguir un coche en un lugar donde abundaban tanto los automóviles que nadie perdía el tiempo fijándose en ellos, ni aunque lo tuviese a dos palmos de distancia…

Muy pronto habían enfilado Blue Hill Road, hacia el centro de la isla. El asesino conducía sin prisas. Alcanzaron el cruce con Harold Road, a la derecha de la marcha. Luego, a la izquierda Soldier Road. La ciudad había quedado atrás, ahora las edificaciones se hallaban más separadas, ofreciendo un aspecto más residencial. Flo divisó unas cuantas gaviotas, y, más allá, llegando a Nassau, un avión que

evolucionaba sobre el aeropuerto de Windsor Field, junto al lago Killarney… El asesino desvió la marcha del coche a la derecha un poco antes de alcanzar la desviación de Carmichael Road. La carretera era más estrecha, a los lados había matorrales y palmeras. Flo Maverick conocía muy bien la isla de Nueva Providencia, pues, en efecto, allá había tenido varias de sus más importantes peripecias como espía; sabía que se estaban acercando al pequeño lago Harold.

De repente, el coche que la precedía se detuvo. La pilló tan de sorpresa que no pudo hacer ninguna maniobra de ocultación o de disimulo, pues el asesino se apeó y se quedó mirando hacia ella. Es claro que, simplemente, ella podía detener su coche manteniendo la distancia y permaneciendo a la expectativa, o dar la vuelta y alejarse, pero en ambos cosas se ponía en evidencia, y eso era lo que menos le interesaba… Además, el hombre le estaba haciendo señas.

¿Había tenido una avería? ¿O se había dado cuenta de que ella le seguía y le estaba tendiendo una trampa?

Continuó conduciendo hasta que llegó a unos seis o siete metros del coche del asesino. Éste se acercó a ella, con gesto como de alivio. Alrededor de ellos sólo había matorrales y palmeras. El cielo era de un azul intenso increíble.

—Hola —se inclinó el asesino hacia la abierta ventanilla de Flo —… Esto es una estupidez, pero a todos nos ha pasado alguna vez: me he quedado sin gasolina. ¿Puede proporcionarme una poca?

—Si usted tiene tubo para el trasvase, sí —sonrió la hermosa negra.

—Estupendo —el asesino sonreía; tras haberse asegurado de que dentro del coche no había nadie más, de pronto, sacó la pistola de la axila, y puso la boca de fuego ante el rostro de Flo—… Bueno, sal de ahí, negra imbécil. Vamos a charlar un rato.

—Si lo que busca es dinero, va listo —rió ella—. ¡Es lo mismo que ando buscando yo!

—¿Sí? Eres una chica lista, ¿verdad? ¡Sal de ahí ahora mismo!

—Oiga, tranquilícese, ¿quiere? Si no tiene ganas de gresca por mí está bien, pero no hace falta que se enfade. Ya buscaré otro cliente.

—Si continúas intentando tomarme el pelo te voy a dejar la cara

convertida en un asco. Te he dicho que salgas del coche.

Flo obedeció, finalmente. El asesino señaló hacia la parte de atrás del vehículo.

—Abre el maletero.

—No hay nada ahí.

—Te he dicho…

—¡Está bien, está bien, deja de enfurecerte!

Caminaron los dos hacia la parte de atrás del coche, y Flo alzó la tapa del maletero. El asesino se colocó tras ella, apretando la boca de la pistola contra su nuca.

—Muy despacito, abre esa maleta.

Ella obedeció, dejando al descubierto algunas prendas de ropas y el maletín.

—¿Un maletín dentro de la maleta? Esto sí que es sorprendente —dijo el asesino—. Venga, ábrelo también.

Flo Maverick obedeció, dejando ante la mirada del asesino el contenido del maletón: cepillo para el cabello, maquillaje, una pequeña cámara fotográfica, botes de crema, sombra de ojos… No podía ser más normal el contenido de un maletín de viaje de una mujer. El asesino pareció decepcionado.

—¿Por qué me seguías? —Gruñó.

—Bueno, no es que te siguiera… Mejor dicho, sí. He tenido problemas al llegar aquí, pues me había citado un amigo para pasar unos cuantos días juntos, pero el muy puerco no se ha presentado, y me ha dejado en la estacada y sin dinero. Pensé que podría… conseguir algo para el billete de vuelta.

—Ya. Bueno, ¿por qué no? —El asesino rió—. Venga, súbete la falda y mete la cabeza dentro del maletero. Lo vamos a hacer de este modo tan divertido.

—Oye, no tenemos por qué estar incómodos. Podemos…

—¡Haz lo que te digo! —exigió él.

Al mismo tiempo, con el cañón de la pistola, le dio un golpe en un lado de la cabeza. Nada importante, en realidad el asesino intentó más asustar que otra cosa, pero durante unos segundos Flo Maverick estuvo aturdida… Cuando se recuperó completamente, el asesino le había subido la falda, le había roto la braguita, y ya la estaba penetrando. Doblada por la cintura, con el torso metido dentro del maletero, Flo Maverick sentía perfectamente la vejación

de que estaba siendo objeto…

—Y pórtate bien y tranquila o te rompo la espalda a golpes de pistola.

La voz de él llegó tensa. Aquel puerco la estaba violando… Con una nitidez escalofriante, Flo comprendió que con aquel sujeto no había ninguna posibilidad de entendimiento. Era un profesional expeditivo, de los que no corren jamás el menor riesgo si pueden evitarlo. Por tanto, sus intenciones estaban bien claras: darse el gusto con ella, meterle acto seguido una bala en la nuca o en el corazón, encerrar el cadáver en el maletero, y esconder el coche entre les arbustos. Luego, desaparecería de allí, y asunto terminado. Para cuando fuesen a encontrar un coche alquilado metido entre los matorrales, quizás el asesino estuviese en París, o en Hong Kong, o en la Patagonia, dedicado a otro asunto…

Muy bien.

Mientras el hombre seguía tomándose su gusto en el cuerpo de Flo, ésta, con gran cautela, deslizó la mano derecha hacia el cepillo para el cabello, que estaba ante ella. Lo asió por el mango, apretó éste de modo especial, y apareció el agudo y afiladísimo estilete de acero. Acto seguido, Flo movió las caderas, como queriendo colaborar en la buena marcha del placer del sujeto, que lanzó un sordo bramido… Se hallaba en ese momento cercano al clímax durante el cual se pierde el mundo de vista.

Flo Maverick se volvió velozmente, irguiéndose de modo que empujó hacia atrás al asesino. Éste gritó, se tambaleó, quiso recuperar la horizontal de su arma para amenazar a la negra, y entonces vio el brillo del estilete.

Ya no tuvo tiempo de nada más.

El estilete dejó en el aire un destello deslumbrante, y la punta llegó como una centella al cuello del asesino, se clavó bajo su oreja izquierda, se hundió con atroz facilidad en sentido ascendente, y lo mató en el acto. Fue como cortar la energía eléctrica de un juguete. El hombre suspiró, puso los ojos en blanco, y cayó hacia atrás, llevándose el estilete clavado, pues Flo lo prefirió así, para evitar la salida de la sangre.

Lo primero que hizo Flo fue recoger del suelo sus braguitas destrozadas, que tiró dentro del maletero. Cerró éste, se puso al volante, y metió el coche entre los arbustos. Regresó, arrastró el

cadáver del asesino hacia su propio coche, y lo metió dentro del maletero. Luego, llevó el coche también entre los arbustos, junto al suyo. Regresó a la estrecha carretera y examinó el piso, en busca de alguna mancha comprometedora. Nada. Pulcritud total.

Regresó entre los arbustos, abrió de nuevo el maletero del coche del asesino, retiró el estilete, que limpió lo mejor posible con las ropas del muerto, y lo replegó, de modo que recuperó su apariencia de inofensivo cepillo para el cabello. Del bolsillo interior de la chaqueta retiró la billetera del hombre. Entre otras cosas que no merecieron su interés, llevaba un permiso de conducir expedido en los Estados Unidos a nombre de Emerson Fowles. Tenía treinta y seis años.

Removiendo el cadáver dentro del maletero, Flo lo registró más a fondo, pero no encontró nada más. Cerró el maletero y pasó al asiento del conductor, abrió la tapa de la guantera, y sacó el contenido de ésta. Tampoco había nada interesante: algún mapa, cigarrillos, una pequeña linterna, destornillador… Nada. Pero el coche no era alquilado, el coche era de alguien de la isla.

Muy bien: la pregunta era: ¿se dirigía el asesino a algún sitio concreto por aquel camino, o simplemente lo había tomado sólo para atraerla a ella a una trampa donde pensaba matarla… después de gozarla y de interrogarla brutalmente? Todo dependía de en qué momento se había dado cuenta Fowles de que le seguía una negra conduciendo un viejo Ford. En la ciudad no podía haberse dado cuenta, tenía que haberlo notado ya en la carretera. Así que quizás él iba a algún sitio concreto por aquella carretera. ¿Cómo saberlo?

«—Tengo el coche —pensó Flo—… Sólo tengo que llamar a los Simones, para que investiguen a quién pertenece y sabré adónde se dirigía este sujeto. Espero que sea así».

Regresó a su coche, se puso al volante, y encendió el motor. Sacó el vehículo de aquel lugar, regresando a la estrecha carretera. ¿Regresaba a Nassau, o seguía carretera adelante, a ver adónde iba a parar?

Optó por esto último. Y apenas dos minutos más tarde veía al fondo la construcción, las palmeras, los toldos de azul pálido, el reflejo del sol en las aguas de una piscina. Metió el coche entre unas palmeras, se apeó, y se acercó a pie a una posición desde la cual pudiera observar el lugar. Era una hermosa villa, rodeada de

jardines amplios, con grandes espacios abiertos. La piscina estaba a un lado de la casa, de dos plantas, pintada de un color ocre muy discreto… Flo regresó a su coche, sacó del maletín los pequeños gemelos de teatro, y volvió a su observatorio. Utilizando los gemelos ahora, pudo ver la casa con más detalle. No había nadie en la piscina, en aquel momento. Pero un poco más allá había no menos de media docena de hombres, todos ellos jóvenes, todos ellos atléticos, todos ellos ataviados con monos de color tierra. Estaban sentados en el suelo, escuchando a otro sujeto parecido que les dirigía la palabra. Y este sujeto era de raza china… Un hermoso ejemplar atlético de raza china.

Flo Maverick bajó los gemelos, tensa ahora la expresión de su rostro. Y así estaba cuando apareció el automóvil, acercándose a la villa. Utilizó de nuevo los gemelos, acercando la imagen del coche, que siguió hasta que se detuvo ante la casa. Del sitio del conductor se apeó un hombre, otro que había viajado a su derecha, y otros dos de la parte de atrás. Cuatro hombres. A los dos de atrás no los conocía. Los dos que habían viajado en la parte delantera eran los asesinos que habían conversado con Mac Adam Ewing en el bar del New Sun Hotel.

Las piezas iban encajando, y todavía encajaron más cuando los dos asesinos abrieron el maletero del coche y sacaron cuatro maletas, que llevaron hacia la casa, precediendo a los dos desconocidos. Sin duda, éstos acababan de llegar a Nassau, y los dos asesinos habían ido a recogerlos al aeropuerto, pero no para llevarlos al yate, sino a la villa discretísima ubicada en el centro de la isla prácticamente… Los cuatro hombres entraron en la casa. Los atletas que escuchaban al atleta chino ya no se veían.

Flo Maverick regresó al coche, se puso al volante, y emprendió el regreso a Nassau. Pero se detuvo apenas había recorrido trescientos metros, al mirar sus manos sobre el volante. Se estaban blanqueando. Detuvo el coche, del maletín sacó una dosis del suero «Blackcolor», y se la inyectó por vía subcutánea. En cuestión de segundos su piel volvió a adquirir un tono negro convincente. Reanudó la marcha.

Por supuesto, ya no tenía la menor duda de que el asesino Emerson Fowles se dirigía hacia la villa cuando se dio cuenta de que ella le seguía y quiso eliminarla, Es decir, que en aquella villa

tenía intereses Mac Adam Ewing, y, consecuentemente, la Agencia Telaraña. ¿Y el chino? ¿Podía ser una casualidad? A fin de cuentas se dice que hay más chinos fuera de China que en la propia China. Exageraciones.

Una cosa sí tenía bien clara en su mente la espía internacional: aquel grupo de hombres atléticos le había sugerido un grupo comando escuchando instrucciones de su entrenador.

El yate, la villa, Mac Adam Ewing, los asesinos, el comando, los visitantes, un chino… Demasiadas cosas para que pudiera atenderlas ella sola, de modo que recurrió a la pequeña radio, que ya llevaba preparada con la onda de Nassau. Pulsó el llamador, y sonrió cuando, a los pocos segundos oyó la voz conocida:

—¿Sí? ¿Quién eres?

—Caperucita Roja —replicó Florence Maverick. Y se echó a reír.

—Todo esto es fantástico —dijo Simón-Nassau—, pero naturalmente puede estar segura de que nos ocuparemos de ello…, y que lo haremos con la suficiente discreción y cautela para que usted no tenga que preocuparse por nosotros.

—Eso quería decir —aprobó Florence—. Simón, quiero que nadie note que la CIA está trabajando, ¿entendido? Si ello implica perder un poco más de tiempo o tener más paciencia, háganlo así.

—Ya le digo que no se preocupe. ¿Por dónde empezamos? ¿Por la villa? No puede ser especialmente complicado averiguar a quién pertenece o quién la tiene alquilada.

—Quien la tiene alquilada debe de ser Ewing…, pero investiguen también eso. Recuerde: no me llame usted, yo iré llamándole. Se entiende que esta prohibición no reza si usted necesitara mi ayuda. Si estuviese en peligro, llame cuando sea.

—Caray —movió la cabeza hombre de la CIA—, ¡es usted una negra de lo más… apetecible!

—Trucos mágicos de laboratorio —sonrió Flo—. Hasta la próxima.

Se habían reunido en un lugar solitario hacia el centro de la isla, y habían dejado sus respectivos coches discretamente apartados del camino. Las estrellas ponían una iluminación fría y lívida en aquel clima cálido.

Flo estaba a punto de entrar en su coche cuando Simón-Nassau preguntó:

—¿Adónde va usted ahora?

—A buscar un cliente… Es lo que hacen las prostitutas, ¿no?

No parecía que hubiera nadie en el yate. Es decir, en cubierta, ya que en su interior sí debía de haber alguien, pues había luces encendidas. Desde el embarcadero no se veía la playa privada del hotel, solitaria a aquella hora de la reciente noche. Un poco más allá, en la terraza, la gente tomaba refrescos y champán…, entre otras cosas. Se oía música.

Flo Maverick se decidió por fin. Sabía que estaba apretando el acelerador, pero tampoco se trataba de perder el tiempo absurdamente. De modo que se acercó al yate *Abismo*, y, sin más vacilaciones, enfiló la pasarela de acceso a la cubierta. Llegó a ésta, miró a todos lados, y eligió la puerta que comunicaba con el interior del yate. Entró, y descendió los tres peldaños que colocaban la hermosa salita del yate a un nivel diferente al de la cubierta.

A babor y estribor había amplios ventanales corridos bajo los cuales había sendos sofás. La decoración era alegre y elegante. Era un yate concebido exclusivamente para procurarse en él y con él los disfrutes de la vida.

—¡Hola! —Saludó musicalmente Florence—. ¿No hay nadie a bordo?

Silencio.

Silencio absoluto.

Flo se acercó al pequeño bar, pasó detrás, abrió el compartimiento frigorífico, y sonrió encantada de la vida al ver varias botellas de champán. Eligió una, la descorchó, y se sirvió una copa… Estaba bebiendo cuando vio aparecer al chino. Pero no era el chino de la villa: era otro chino.

Sólo su gran dominio de sí misma le impidió atragantarse, e incluso expresar el menor sobresalto en sus facciones. Terminó el trago rápidamente, y abrió mucho los ojos, ahora expresando una sorpresa muy bien fingida.

—¡Oiga! —exclamó—. ¡Usted es chino!

El chino ladeó la cabeza y sus inexpresivos ojos como de cristal negro contemplaron especulativamente a la preciosa muchacha negra. Por su parte, el chino no tenía nada de precioso: debía de tener unos sesenta años, era delgado, menudo, casi completamente

calvo, y tenía dos pequeñas cicatrices junto a la sien derecha; su boca era de labios tan delgados que apenas se veían, era más bien como una cuchillada finísima.

—¿Quién es usted? —preguntó por fin el chino.

—¿Yo? Bueno, me llamo Flo… Florence Maverick. ¡Creí que la fiesta ya habría empezado!

—¿Qué fiesta?

—La fiesta en el yate. Un amigo me invitó, me dijo que habría aquí mucho movimiento, que lo íbamos a pasar fenómeno… ¿Quién es usted? ¿El cocinero?

—Me parece —sonrió el chino— que se ha equivocado usted de yate, señorita Maverick.

—Claro que no. ¿Aquí no van a hacer una fiesta de las buenas?

—No.

—¡Cómo que no…! ¡Ya lo creo que sí! Mi amigo me señaló este yate, y me dijo que aquí sería la gran juerga… ¡Oiga, no sea usted aguafiestas, ¿vale?! Y otra cosa: si no es usted el cocinero, ¿quién es? ¿Y dónde están todos?

—Ignoro a quiénes se refiere usted al decir «todos». Lo que sí puedo asegurarle es que estoy solo en el yate, y que aquí no se va a dar ninguna fiesta de ninguna clase.

—¿Qué pasa? —Sonrió Flo—. ¿Están todos escondidos? Quieren darme una broma, ¿a que sí? ¿A que se trata de eso? ¡Seguro que están todos escondidos por ahí dentro!

—Me parece —dijo el chino— que lo más práctico es que entre usted, que mire donde quiera, y que una vez se haya convencido de que aquí no hay nadie y que no hay ni habrá fiesta, me permita continuar en mi relajante soledad. ¿Le parece a usted bien?

—Zambomba —estaba pasmada Flo—…, ¡qué manera de hablar! Oiga, ¿cómo se llama usted? ¿Chang?

—Venga —sonrió el chino—, eche un vistazo y convénzase. Considero del todo improcedente prolongar más esta situación.

Señalaba hacia el interior del yate. Florence le miraba como valorando el alcance de una broma, pero también, aparentemente, algo desconfiada. Por fin, se terminó el champán que quedaba en la copa, salió de detrás del bar, y se acercó al chino, que se apartó cediéndole paso hacia el pasillo.

Flo enfiló el pasillo. El silencio era total en el yate. Es decir, que

realmente el chino estaba solo allí, no había ni siquiera un tripulante, o alguien del personal de servicio…

Recibió el tremendo golpe en los riñones, lanzó un grito, y salió disparada pasillo adelante, cayendo de rodillas y luego de bruces. Se habría roto la cara contra el piso si sus bien entrenados músculos no hubieran funcionado a la perfección: apoyó las manos ante ella, y frenó la caída. Su bolso había saltado de sus manos para caer un par de metros más adelante, resonando fuertemente.

Flo tenía la sensación de que todo su aliento se había escapado para siempre de su cuerpo, y estaba haciendo esfuerzos para reaccionar cuando recibió por detrás y por el lado derecho el puntapié propinado por el sigiloso chino. La bella negrita tuvo la sensación de que su hígado explotaba, sufrió una violenta acometida de horrorosas náuseas, la cabeza le dio vueltas…, y cayó de bruces por fin, perdido el conocimiento.

Capítulo V

Cuando se recuperó estaba sentada en una de las alegres y confortables butacas del salón del yate. Persistía el silencio. Sentado frente a ella en otra butaca estaba el chino, mirándola sosegadamente. Junto a él, sobre una mesita, estaba el bolso de Flo, y todo su contenido, desparramado. La pequeña pistola de cachas de madreperla estaba en la diestra del chino, que sonrió inexpresivamente.

—¿Cómo se encuentra? —se interesó.

—Usted —Flo tuvo que aclararse la voz—… usted es una… mala bestia… ¡Ha podido matarme a golpes!

—No —dijo con tono casi festivo el chino—… Qué va. Nada de eso, mi joven amiga. Mientras la registraba cuando permanecía usted sin sentido he podido comprobar que su cuerpo no es tan vulnerable como para morir por un simple par de golpes. Ni mucho menos. Es usted toda una atleta…, aunque parezca una frágil y encantadora muñeca. ¿Para quién trabaja?

—¿Que para quién…? ¡Oiga, yo no trabajo para nadie! ¡Estaría bueno, que sacrificase mi cuerpo para darle las ganancias a otro!

—¿Qué quiere decir exactamente? ¿A qué se supone que se dedica?

—Usted me marea hablando, ¿sabe? ¡Y tiene las manos muy duras, maldito asqueroso…! ¿Dónde está el rubio guapo?

El chino parpadeó, y con este simple gesto Flo supo que él había comprendido.

—¿Ha venido usted en busca del rubio guapo? —Indagó el chino —. Bien. ¿Cuál es el nombre de ese rubio guapo?

—No tengo ni idea… ¡Espere, espere, no se enfade, sí tengo idea, sé que se llama Ewing, lo pregunté a un camarero del hotel!

—¿Por qué se interesa por Ewing?

—¡Anda, con lo que me sale el chino…! ¿Por qué había de

interesarme por él, sino para hacer… amistad? Ya me comprende, ¿no? Un hombre joven, guapo, que tiene un yate, o sea, que tiene dinero… ¿Comprende?

—¿Quiere decir que usted es una prostituta?

—¡Huy, qué listo es el chino, mira…!

—¿Y la pistola? —La alzó el chino.

—¡Una chica como yo tiene que protegerse, ¿sabe?! ¡Una se encuentra a veces con cada tipo más raro…! ¡Y con sádicos! He tenido demasiadas experiencias molestas, así que por fin me dije que se acabó, y me compré esa pistola. Pero si he de decirle la verdad, aún no he tenido ocasión de disparar contra nadie.

El chino asentía con la cabeza, como dando la razón a cada palabra de Flo. Cuando ella terminó, él sonrió.

—O sea, que aparece usted por el hotel, a la caza de clientes con dinero, ve al señor Ewing, le gusta, y decide… atraerlo como cliente. Entonces, viene aquí inventándose el cuento de la fiesta, a ver si él, al verla, pica y la… contrata.

—Es que ya me vio en el bar del hotel —sonrió Flo—, y estoy segura de que le gusté. Así que luego vi que entraba en este yate, y me dije que ésta era la mía, y que iba a ir a un hotel a bañarme, perfumarme y ponerme otro vestido y venir a por él.

—¿Y por qué a un hotel? ¿Por qué no se bañó en su domicilio?

—¡Huy, eso está muy lejos de aquí, en Nueva York! ¡Si yo le contara la guarrada que me ha hecho ese cochino de Alan…!

—Cuéntemela —pidió amablemente el chino—… Ninguno de los dos tenemos prisa, ¿verdad?

—Bueno, pero si el rubio guapo no está aquí… Porque usted no querrá… ¿Eh? Ya me comprende.

—Sí, la comprendo. Y a lo mejor sí quiero. De todos modos, no tenemos prisa. Cuente, cuente…

Cuando Florence Maverick terminó de contar su falsa aventura con el tal Alan Downer, que la había enviado allí desde Nueva York, terminaba la segunda copa de champán, que se había servido con la aquiescencia del chino. Éste, imperturbable, o si acaso amable, la había escuchado sin interrumpirla ni una sola vez.

—… Después de todo —terminó Florence—, tampoco está tan mal pasarse una temporada en las Bahamas. Pero claro, para eso necesito dinero, ¿comprende?

El chino asintió, siempre amablemente, y permaneció en silencio, mirándola. Para una persona corriente habría resultado imposible saber si el chino se había creído o no la historia: para la agente Baby estaba clarísimo que aquel sujeto no le había creído ni una sola palabra. Se estaba divirtiendo con ella…, y haciendo tiempo, esperando algo. Esperando… ¿qué? ¿A otras personas…, a otros chinos?

Durante los pocos minutos que ella había permanecido desvanecida él podía haber llamado a alguien por radioteléfono…, o utilizando una pequeña radio de bolsillo, como la de ella, que al parecer no había sido descubierta dentro del paquete de cigarrillos.

Los leves pasos en la cubierta del yate hicieron comprender a Flo que, en efecto, habían estado esperando a alguien, y que ese alguien acababa de llegar. Eran dos personas…, que aparecieron inmediatamente en el salón. Por supuesto, las identificó enseguida: una de ellas era el asesino cuya foto-robot le había permitido identificarlo; la otra persona era el alto, elegante, rubio, guapo y millonario Mac Adam Ewing, propietario de la revista Great World… y de la Agencia Telaraña. Flo sintió que se le encogía un instante el estómago viendo cómo la miró el asesino, pero decidió ignorarlo y concentrarse en Ewing.

—Hola —le sonrió—… ¿Se acuerda de mí?

—Me parece que sí —sonrió también Ewing—… La chica del bar. Estaba esta tarde en el bar del hotel, ¿no es así?

—¡Menos mal que me recuerda! Este… este amigo suyo es un bruto, ¿sabe? ¡Ha estado a punto de matarme a patadas!

—Qué barbaridad —miró Ewing con regocijado reproche al chino—… Vaya, amigo Pui, eso no se hace.

—Todos tenemos momentos malos —sonrió el chino.

—Sí, eso es verdad. Pero parece que el mal momento ha pasado para la señorita… Nick, sírveme una copa de ese mismo champán. Y otra para ella.

—¡Huy, no, gracias! —Rió Flo—. ¡Yo ya tengo suficiente!

—Me alegra oír eso.

El asesino llamado Nick sirvió champán a Ewing, que bebió un sorbo, miró a Florence, volvió a sonreír amablemente, y bebió otro sorbo, terminando la copa. Se dirigió hacia el interior del yate, y el chino llamado Pui se fue en pos de él. Al cabo de cinco minutos,

Ewing regresó, pero no Pui. Nick permanecía de pie, mirando como hipnotizado a la bellísima negra, que permanecía en la butaca. Ewing se sentó frente a ella.

—Mi amigo Pui me ha explicado todo este lío tan absurdo, y en su nombre y en el mío le pido disculpas por el mal rato que ha pasado. Es que Pui creyó que era usted una ladrona, digamos la… investigadora de una banda que se proponía venir a robar en el yate esta noche, ¿comprende?

—¡Yo no soy una ladrona, soy… otra cosa!

—Ya sé —sonrió Ewing—. Bueno. Estupendo: estás contratada, Florence.

—¿Contratada?

—Claro —se sorprendió Ewing—. ¿No has venido aquí en busca de clientela? Pues ya la tienes. Pero será mejor que nos vayamos de aquí… Precisamente, podemos ir a un sitio donde sí dan una fiesta esta noche, ¿qué te parece?

—¡Estupendo! ¡Me encantan las fiestas!

—Púes vamos allá ahora mismo.

—¿El chino no viene?

—Él tiene cosas que hacer aquí.

—Ah. Bien, pues… Conforme, vamos a esa fiesta. ¿Puedo recoger mis cosas? —señaló el contenido del bolso desparramado sobre la mesita.

—Claro que sí. Y toma tu pistola —la sacó de un bolsillo y se la tiró a las manos—… Ni a Pui ni a mí nos sirve de nada, y comprendemos tus razones para ir armada.

—Es que hay cada bestia por ahí…

—Es cierto. ¿En marcha?

—Bueno, es que… con tanto champán y… y con los golpes… ¿Puedo… ir al cuarto de baño?

—Acompáñala, Nick —autorizó Ewing.

El asesino, siempre siniestramente silencioso, condujo a Florence a uno de los cuartos de baño del yate, pequeño pero perfectamente equipado. Flo se encerró dentro, sacó el cargador de la pistola, y comprobó que estaban todas las balas. Del bolso, en el que había recogido todo precipitadamente, sacó el paquete de cigarrillos que contenía la radio, y lo examinó. Todo estaba bien, no parecía haber sido tocado, y mucho menos roto de alguna manera… Era todo tan

perfecto que Florence supo que se estaba metiendo en una trampa hasta el cuello. Muy bien.

Utilizó el inodoro, pulsó el botón que liberaba el agua de la cisterna, y se lavó las manos y se repasó el carmín ante el espejo, dibujando sus preciosos labios. Tenía un serio problema: en el bolso, y por suerte bien escondida, solamente le quedaba una dosis de «Blackcolor».

Salió del cuarto de baño, le sonrió al impávido asesino Nick, y regresó a la salita. Nick… ¿qué más? Aunque bien poco importaba cómo se llamase.

Ni importaba cómo se llamase el tercero del grupo que había asesinado a Simón-Baines. De momento ya había matado a Fowles, y sabía quo pronto mataría a Nick y al otro. Nadie que matase a un Simón le sobrevivía mucho tiempo… Emerson Fowles. Ella le había matado y había dejado escondido su cadáver, dentro del coche a su vez escondido… ¿No habían echado de menos a Fowles en la villa, o en el yate…? Claro que tenían que haberlo echado de menos, y se habían sentido inquietos, preocupados, intrigados… Ahora, por fuerza tenían que haber comprendido que ella, o amigos de ella, tenían algo que ver con la desaparición de Fowles. Tenían que haber comprendido que las cosas se les estaban complicando. ¿Qué pensaban hacer realmente? Matarla, no: era demasiado simple, era una reacción demasiado grosera para una situación apurada… No, no la iban a matar; al menos de momento.

Por tanto, sólo tenía que seguir el juego. Jugando el juego. Como siempre.

—Me estaba preguntando si tienes por aquí alguna amiga que quiera venir a la fiesta contigo —dijo Ewing.

—¿Amigas aquí? —Se sorprendió Flo—. Claro que no. Ya he dicho que vengo de Nueva York. No conozco a nadie aquí.

Mac Adam Ewing se dio una palmada en la frente, con gesto simpático, como quién se reprocha decir tonterías. Tomó del brazo a Flo, y se encaminó hacia la salida. Detrás de ellos desembarcó Nick. Caminaron manteniéndose algo alejados del hotel, por la arena fresca de noche. Cuando salieron a la avenida, un coche se acercó a ellos y se detuvo. Nick se sentó junto al conductor. Ewing le abrió la portezuela del asiento de atrás a Florence, y se acomodó luego junto a ella. Florence estaba mirando al conductor, que había

vuelto la cabeza para mirar a Ewing: era el tercer asesino, el tercer hombre de la lancha que había perseguido a Baines…

—Nada, señor Ewing —dijo el tercer asesino.

—De acuerdo, Grayson. Volvamos allá.

Grayson. De modo que se llamaba Grayson. Perfecto. Grayson y Nick: dos candidatos seguros a la muerte; a una muerte que tenían muy próxima… Sin embargo, por el modo sarcástico en que Grayson miró a Florence, las cosas no parecía que se le presentasen muy bien a ésta. El coche arrancó.

—¿Adónde vamos? —preguntó Flo.

—A la villa de un amigo. Se está muy bien allí.

—Estupendo.

Ewing le sonrió. Flo sintió un lento y hondo escalofrío… Tardó solamente tres minutos en darse cuenta de que estaban dando una especie de paseo por Nassau, es decir, complicándose la vida, si es que realmente querían ir a la villa del interior de la isla. Pocos segundos después comprendía lo que estaban haciendo: dando unas vueltas para comprobar si alguien los seguía. Es decir, que Ewing calculaba la posibilidad de que ella no estuviese sola, lo cual era lógico.

Cuando salieron de Nassau por Blue Hill Road, nadie les seguía, ciertamente, lo cual tenía no poco desconcertado a Ewing. ¿O quizá se había tranquilizado y comenzaba a considerar la posibilidad de que la historia de la negra Flo fuese cierta?

—¿Qué clase de fiesta es? —preguntó, rompiendo un silencio inquietante—. ¡No será una fiesta pornográfica!

Se echó a reír. Nick volvió la cabeza para mirarla fríamente. Ewing le dio unas amables palmaditas en una rodilla, y eso fue todo.

Cuando llegaron a la villa, Flo permanecía en silencio, pues habría resultado incluso grotesco simular estar de buen humor y tener ganas de conversación con aquellos tres hombres que parecían disfrutar del silencio. El coche se detuvo frente a la casa, Nick se apeó, y abrió la portezuela de Flo, que se apeó a su vez, seguida de Ewing… El chino joven y atlético pareció emerger de las sombras, y Flo respingó fuertemente.

—Tranquila —le dio Ewing una palmada en una nalga—. Todo está bien, nena. Llévala a que se ponga cómoda, Nick.

Éste la tomó de un brazo, y tiró de ella hacía la casa, mientras Ewing y el joven y atlético chino, jefe del supuesto comando, conversaban quedamente. Dentro de la casa parecía también imperar el silencio… Pero no. Llegaban voces de la parte izquierda del amplio vestíbulo; voces que sonaban al otro lado de una gran doble puerta…, que se abrió de pronto. Apareció un hombre, fumando un cigarro habano.

—Eh, Nick —llamó—… ¿Ha regresado Ewing?

—Desde luego. Ahora se reunirá con ustedes.

—Ajá, perfecto. ¿Quién es esta preciosidad?

—Una puta —sonrió sorpresivamente Nick.

El otro quedó dudando entre si reír la broma o tratar de seguir interesándose en serio por Florence. Nick tiró de ella hacia la escalinata que conducía hacia el primer piso…, mientras por la abierta puerta del salón lleno de humo Flo miraba hacia su interior. Había muchos hombres allá dentro, pero Flo no vio ni una sola mujer. Ni oyó música. Nada sorprendente, pues en ningún momento se había creído lo de la fiesta. No obstante, miró a Nick y preguntó:

—¿Dónde es la fiesta…?

—Arriba —insistió él.

Subieron la escalinata, llegaron al amplio pasillo, y Nick abrió una puerta y empujó a Flo al interior de una amplia y confortable habitación.

—Espera aquí —dijo.

—¿Esperar aquí? ¡Pero…!

Nick cerró la puerta, dejándola sola dentro de la habitación. Oyó el girar de la llave. Florence estuvo unos segundos mirando la puerta con el ceño fruncido. Luego se volvió hacia el centro de la habitación. Espléndido lugar, muy acorde con el lujo de la villa. Entre dos ventanas y frente a la puerta, una amplia cama matrimonial, recubierta con colcha de seda. Había cuarto de baño interior, claro. Todo de lujo. Por una de las ventanas miró al exterior, y vio la explanada frente a la casa. El coche en el que había llegado ya no estaba ante la casa.

Ni estaban Ewing y el chino.

Como quien no quiere la cosa, Florence estuvo buscando con la mirada la posible presencia de un objetivo de cámara de televisión que la estuviera espiando, pero no había ninguno. O parecía que no

había ninguno. Y le habían dejado el bolso con la radio y la pistola… Cielos, no podían ser tan tontos, claro que no. Le estaban tendiendo una trampa, eso era todo: si ella recurría al más pequeño truco de los pocos que llevaba esta vez en el bolso, ellos se enterarían, De modo que decidió comportarse como lo que decía ser. Se acomodó es una de las butacas, encendió un cigarrillo, y se dispuso a esperar. Ni por un momento se le ocurrió aprovechar el momento para tirar del cigarrillo simulado en la radio que le habría puesto en contacto inmediato con Simón-Nassau.

Media hora más tarde, a todos los efectos parecía que la preciosa Florence estaba de pésimo humor, quizá porque varias veces había golpeado la puerta llamando a Ewing y a Nick sin que le hubieran hecho el menor caso.

Pero, de repente, cuando estaba fumando el segundo cigarrillo, la puerta se abrió, y entró Mac Adam Ewing… en compañía de Jefferson Nightindale.

De nuevo tuvo que recurrir Florence a su gran dominio para no lanzar una exclamación de sorpresa al ver a Nightindale, que a su vez la contempló con curiosidad.

—¿Cómo va eso, Flo? —le sonrió Ewing.

—¿Qué es lo que pasa aquí? —replicó ella, irritada—. ¡Me dices que venimos a una fiesta y me encerráis sola en una habitación en la que ni siquiera hay música!

—Tranquila. Pronto empezaremos la fiesta. Mientras tanto, te dejo en compañía de este buen amigo. Trátalo bien.

—¿Qué quieres decir con eso? —Frunció el ceño Flo.

Ewing rió, guiñó un ojo, y salió de la habitación. Florence miró a Jefferson Nightindale, que la contemplaba especulativamente.

—¿No nos conocemos de algo? —preguntó él—. Estoy seguro de que he visto tu cara antes de ahora.

—Menos cuento, amiguito —se mostró enfadada Florence—. No tienes necesidad de conversación tonta para estar conmigo. Apuesto a que nunca en tu vida me has visto, así que déjate de tonterías.

—¿Me han dicho que eres de Nueva York?

—Sí.

—¿De dónde, de Nueva York?

Florence se inventó un sitio, sin problema alguno, por supuesto. Nightindale continuó haciéndole preguntas sobre Nueva York, y ella

se dio bien pronto cuenta de que lo que él pretendía era pillarla en alguna mentira, cosa que de ninguna manera consiguió…

—Pero oye —le interrumpió ella en determinado momento—, ¿tú a qué has venido aquí? ¿A pedirme un plano de Nueva York o a divertirte un rato? Y te diré una cosa, amiguito: ésta es la fiesta más extraña y estúpida a la que me han invitado, ¿comprendes?

Jefferson Nightindale rió, abrió la puerta, e hizo una seña. Ewing entró de nuevo.

—Ella es de Nueva York —le dijo Nightindale—. Seguro, Mac.

—Bueno —movió la cabeza Ewing—, quizá nos haya estado diciendo la verdad, después de todo.

—Eso significaría que podemos tranquilizarnos, ¿no?

—Sí…, pero no estaré tranquilo del todo hasta que aparezca Emerson. Por el momento, podemos enviar a Flo con el grupo de Yeng, para que los muchachos se distraigan un poco.

—La idea no es mala, pero… Bueno, antes quiero distraerme un poco yo.

—Vamos, Jeff —gruñó Ewing—, ¡no es momento para tonterías! Tenemos abajo una importante reunión y me sales con divertirte con una negra…

—Faltan dos invitados, ¿no es así?

—No falta nadie: han llegado mientras tú hablabas con Flo.

—Ah. Bueno, pues que venga ella conmigo.

—No digas tonterías.

—Escucha, quiero hacer el amor con esta preciosidad, y no me apetece que antes se la pasen por la bragueta media docena de tipos como esos de Yeng, ¿está claro? De modo que ella estará conmigo hasta que quede satisfecho, y luego se la enviaremos a Yeng…

—Un momento, amiguitos —saltó Florence—… ¿Se puede saber de qué estáis hablando? O mejor dicho: ¿de quién estáis hablando? Porque si se trata de mí, os diré que yo no soy ninguna mercancía que…

—Cierra la boquita —dijo Nightindale—. Tú has venido aquí a ganar dinero, ¿no es así?

—Sí, pero…

—Pues eso: cierra la boquita, haz lo que se te diga, y ya verás cómo te marcharás de aquí más que satisfecha. En cuanto a ti —Nightindale apuntó a Ewing con un dedo teñido de nicotina—,

recuerda que el cerebro de todo soy yo, tú sólo eres un capitalista como puedo encontrar quinientos… o quinientos mil. ¿Has comprendido? De modo que quien manda aquí soy yo, y quien dirige aquí soy yo… Sin mí nada de esto se habría podido hacer ni sostener, y por tanto lo que yo digo u ordeno se hace y en paz. ¿Alguna duda?

—Claro que no —sonrió Ewing—. No hace falta que te pongas así. Se hará lo que tú quieras.

—Exactamente —asintió Nightindale, satisfecho; señaló ahora a Flo—… Tú, ven conmigo. ¿Te gusta el champán?

—Estoy hasta aquí de champán —se tocó Flo lo alto de la cabeza.

—Pues si yo digo que bebas champán, beberás champán.

—Está bien, hombre, está bien, ¡cómo te pones por nada…!

Nightindale la agarró de un brazo, y tiró de ella hacia fuera de la habitación, mientras Florence dirigía una rápida mirada a Mac Adam Ewing, el cual, a su vez, miraba a Jefferson Nightindale. Éste no se dio cuenta de la mirada de Ewing, pero Flo no sólo vio, sino que interpretó en toda su exactitud: no habría dado ni un centavo por la vida de Jefferson Nightindale.

Capítulo VI

Se produjo un denso y súbito silencio cuando Nightindale entró en el salón llevando del brazo a Florence. Las miradas de todos los hombres quedaron fijas en ella, sin que nadie hiciera el menor comentario. Flo comprendió en el acto que aquellos hombres no estaban allí precisamente para disfrutar de una fiesta pornográfica, ni siquiera de una simple orgía sexual. Estaban allí para cosas que a ellos les resultaban mucho más serias e importantes, y por eso, dejando aparte que la belleza de la negra mereció la aprobación de algunos, todas las miradas terminaron por converger en Nightindale, entre desconcertadas y mosqueadas.

—Caballeros —dijo el director de la Agencia Telaraña—, entiendo que estamos todos, de manera que comenzaremos inmediatamente. Mi socio y subordinado, el señor Ewing, a quien todos conocen, expondrá la última parte del asunto en el que todos ustedes han tenido el buen acierto de tomar parte.

Fue a sentarse en un sofá, colocando junto a él a Florence, a la que enseguida acarició un muslo. Florence miraba a Ewing, que se dirigía hacia un hermoso mueble-librería. En uno de los estantes había una pantalla para video, junto a uno de estos aparatos. Mac Adam Ewing puso en marcha el conjunto, y, mientras comenzaban a aparecer rayas en la pantalla, empezó la explicación.

—Como Jefferson ha dicho, todos ustedes han tenido el buen acierto de asociarse o, yo diría mejor, afiliarse a la Agencia Telaraña, cuyos servicios les resultarán de gran utilidad en todos los sentidos. En primer lugar, originariamente, está evidentemente el servicio informativo, de cuya calidad y profundidad bien pronto se darán cuenta todos ustedes, en cuanto empiecen a solicitarnos datos concretos sobre cualquier tema mundial. En segundo lugar, está el servicio… especial, es decir, el que les garantiza la… eliminación de personas o entidades que pudieran resultar perjudiciales o tan sólo

molestas para la marcha de las empresas de cada uno de ustedes. Por ejemplo, el señor Rinimetto nos habló de cierto personaje residente en Milán cuyas actividades industriales, rivales directamente a las del señor Rinimetto, le estaban poniendo en una difícil situación… comercial. ¿No es así, señor Rinimetto?

Flo miró al hombre que miraba Ewing, y al que también los demás estaban mirando. Era un sujeto calvo, obeso, de mirada oscura e intensa, que farfulló algo asintiendo. Mac Adam Ewing sonrió. En aquel momento comenzaron a aparecer las primeras imágenes concretas en la pantalla. Flo identificó, en una vista aérea, la ciudad de Milán, Italia. Luego, apareció una avenida, que no identificó. A continuación apareció en la pantalla la fachada de un edificio, del que, a los pocos segundos, salió un hombre de unos cincuenta años, alto, elegante, con abundante cabellera gris. El hombre se detuvo, como indeciso, pero enseguida reanudó la marcha, a la derecha del edificio que acababa de abandonar.

—Éste es el señor Verini, el incómodo rival industrial del señor Rinimetto. El señor Verini ha pasado un par de horas en determinado apartamento de ese edificio, donde tiene una joven amiguita que le… complace tanto en cantidad como en calidad en cuanto a sus necesidades amorosas o simplemente sexuales. Ahora, satisfecho y cansado, el señor Verini ha recordado dónde dejó estacionado su coche, y va hacia él para emprender el regreso a su domicilio familiar. Observen.

El silencio era total en el salón. El apuesto señor Verini había caminado unos treinta metros acera abajo, y ahora se disponía a cruzar la calzada; evidentemente, su coche estaba al otro lado. El señor Verini bajó a la calzada…, mientras la cámara enfocaba ahora un poderoso vehículo Nissan Patrol que circulaba hacia donde se hallaba el señor Verini. Éste no parecía darse cuenta de la presencia del Nissan, el cual aumentó la velocidad. El vehículo se acercó al señor Verini, el cual, por fin, volvió la cabeza, vio el Nissan a menos de siete metros de él, y, por un instante, quedó como clavado al suelo; luego, quiso dar unos saltitos en dirección a la acera que tenía delante, y, normalmente, la situación se habría resuelto así: el señor Verini se habría salido de la ruta del Nissan, éste se habría desviado apenas a la derecha sorteándolo, y aquí no ha pasado nada.

En esta ocasión, pasó: el Nissan no sólo no se desvió hacia la derecha sino que lo hizo hacia la izquierda, es decir, buscando al señor Verini, aumentando todavía más la velocidad. El señor Verini volvió el rostro, presa del estupor y, enseguida, del espanto. El Nissan lo alcanzó de lleno, en un impacto terrible… A partir de ese instante, las imágenes se fueron ofreciendo a cámara lenta: se vio como la cabeza del señor Verini golpeaba contra el vehículo, y cómo se partía prácticamente, y cómo en el acto brotaba sangre de sus oídos y sus fosas nasales, mientras los ojos parecían proyectarse fuera de las órbitas: la cabeza rebotó, todo el cuerpo salió disparado hacia delante, emprendiendo un trágico y grotesco vuelo mientras la sangre del señor Verini salpicaba a todos lados. El señor Verini cayó a unos ocho metros por delante del Nissan, como un muñeco roto, y al instante siguiente el vehículo le pasaba por encima, aplastando su tórax y provocando ahora la salida de un torrente de sangre por la boca del señor Verini.

El Nissan se alejó calle abajo, y el señor Verini quedó tendido en la calzada, ofreciendo una imanen sencillamente horripilante… que de pronto quedó congelada en la pantalla.

—Por supuesto —continuó hablando despreocupadamente Mac Adam Ewing—, el señor Verini falleció prácticamente en el acto, de modo que las preocupaciones del señor Rinimetto terminaron. En cuanto al Nissan Patrol se supo de él que aquella misma tarde había sido robado por tres jóvenes alocados, y, ciertamente, se les comenzó a buscar. El Nissan fue encontrado abandonado. A los tres jóvenes la policía italiana no los encontrará nunca. Espero que todos ustedes hayan comprendido la… índole, la calidad y las grandes posibilidades de este servicio de la Agencia Telaraña. ¿Alguna duda?

Nadie parecía tenor ninguna duda. El silencio era casi tangible.

—Con todo —prosiguió satisfecho Ewing—, este tipo de servicio no va a ser precisamente el que nos distinga, y, a decir verdad, solamente lo utilizaremos cuando sea estrictamente necesario. Todos sabemos que conseguir los servicios de agencias de asesinatos y actividades parecidas es relativamente fácil, pues abundan en todo el mundo. Claro está, la Telaraña no podía dejar de prestar este servicio a sus afiliados, pero no es éste nuestro mejor aliciente para nuestra principal actividad. La principal actividad de la

Telaraña, como buena Agencia de Prensa, será la información. Pero, claro está, no la información vulgar y corriente que será la que normalmente conocerá todo el mundo. Es decir, que por un lado la Telaraña funcionará como una Agencia de Prensa normal adquiriendo y ofreciendo información normal por todo el mundo. Por otro lado, llegamos finalmente a la parte más… interesante, emocionante y lucrativa de nuestras actividades… informativas, a la que podríamos llamar I. M. A… es decir Información Mutua Analizada.

Ewing se detuvo el tiempo para encender un cigarrillo, pareció satisfecho por la atención conseguida, y prosiguió:

—Información Mutua Analizada quiere decir que todos los afiliados a la Agencia Telaraña dispondrán de la más completa y sofisticada información mundial en todas las actividades y materias, pues tenemos y tendremos afiliados en todas las profesiones y actividades. Por ejemplo el señor X, fabricante de automóviles, nos mantiene informados de sus conocimientos y adelantos en esa materia, a fin de que nosotros podamos, por nuestra vez, informar a otros fabricantes de automóviles afiliados a la Telaraña, los cuales, por supuesto, también nos facilitan información de sus conocimientos y adelantos a fin de beneficiar con ellos al señor X. Ahora bien, la Telaraña no se limita solamente a actuar como puente de comunicación, sino que, además, por su cuenta, analiza todas las informaciones recibidas, obtiene conclusiones, completa y mejora la información y la pasa entonces al afiliado que la precisa. Y no sólo información conseguida de otro afiliado, sino que la Telaraña, por medio de su red de periodistas colaboradores en todo el mundo, recoge toda clase de información, y siempre la pondrá a disposición de sus afiliados. Volvamos al ejemplo del señor X, que nos ha facilitado una información que le ha resultado útil al señor W, mientras que la información del señor W y otros, le era útil al señor X. Todo queda en casa: unos afiliados ayudan a otros. Pero eso, señores, no es suficiente, la Telaraña desea conseguir y ofrecer mucho más, y así, TODA LA INFORMACION conseguida en todo el mundo es analizada y facilitada a cada afiliado conforme a sus características. Sigamos con el ejemplo del señor X, fabricante de automóviles… Por mucha información que él reciba del señor W y de otros afiliados, siempre ignorará los adelantos que consigan

fabricantes ajenos a la Telaraña, y, sobre todo, ignorará cosas referentes a la fabricación de automóviles que no provienen del sector de la fabricación de automóviles. Me explico: vamos a suponer que en la Casa Blanca, por determinado motivo, se toma la decisión de eliminar del mercado la producción de vehículos dotados de motor Diesel. Eso sería, por ejemplo, para el año dos mil; sin embargo, nuestros afiliados ya sabrían eso en el momento en que tal decisión fuera tomada en secreto. Es decir, que con once años de adelanto nuestro señor X sabría que a partir del año dos mil se prohibirá fabricar motores Diesel. ¿No sería esta información absolutamente fantástica y rentable para el señor X?

Se alzó un murmullo de aprobación. Y acto seguido, se oyó una voz.

—¿Y cómo conseguiría la Telaraña esa información de la Casa Blanca?

—Obviamente, porque tenemos y tendremos información procedente de la Casa Blanca. Del mismo modo que tendremos información procedente del Pentágono, o de la World Boxing Association, o del Comité Olímpico, o de la Reglamentación de Pesca… Señores: la Telaraña atrapará en sus redes TODA la información mundial subterránea, esa información que no está nunca al alcance del público en general… ni de los personajes o empresas corrientes. Eso significará que las personas o empresas afiliadas a la Agencia Telaraña sabrán siempre antes que el resto del mundo las cosas que van a ocurrir en el mundo en el terreno financiero, político, industrial, bélico, artístico, deportivo… Estoy seguro de que todos ustedes se dan perfecta cuenta de lo que significa esto, de todas las grandiosas ventajas que implica. Seremos… una telaraña de amigos colaborando secretamente unos con otros de tal modo que en todo momento siempre nuestros afiliados dispondrán de todas las mayores ventajas cualquiera que sea su empresa o actividad. Si alguien no lo ha entendido, con gusto ampliaré la explicación.

Todos lo habían entendido, evidentemente.

Florence miraba fijamente a Mac Adam Ewing, quien a su vez paseaba la mirada por los veinte personajes reunidos, esperando alguna pregunta que no se producía.

Para sorpresa de todos, fue Flo quien hizo oír su hermosa voz,

preguntando:

—¿Y qué hay que hacer para afiliarse a la Telaraña?

Todas las miradas convergieron repentinamente en ella. Ewing la miró, sonrió, y dijo:

—Disponer de alguna información útil a la Telaraña y sus afiliados, y por supuesto, pagar la cuota anual, como todos.

—¿Cuál es la cuota anual?

—Un millón de dólares.

—¡Zambomba! —Respingó Florence Maverick—. ¡Entonces yo no podría afiliarme a la Telaraña!

Se oyeron algunas risas. Mac Adam Ewing también parecía divertido.

—¿Te habría interesado afiliarte, Flo? ¿Con qué objeto?

—Bueno, siempre sería interesante saber dónde están los mejores clientes en potencia, y cosas así. Yo también tengo alguna experiencia o conocimientos sobre eso, pero lo de intercambiar información con otras colegas me parece una buena idea.

—Bueno —Ewing movió simpáticamente la cabeza—, la verdad es que no habíamos pensado en disponer de servicio informativo sobre putas y sitios interesantes, pero tendremos en cuenta tu idea, Flo.

De nuevo se oyeron risas. Flo miró alrededor, como molesta, y se puso en pie.

—Me parece —dijo— que estoy de más en un sitio donde hay tantos intelectuales eunucos.

Dejando pasmados a todos, Flo se dirigió a la puerta del salón, por la que salió rápidamente. Jefferson Nightindale se puso de pronto en pie, pero MacAdam Ewing le hizo un gesto y dijo:

—Terminaremos pronto aquí, Jefferson. Y no olvides que tienes que ofrecernos la alocución final…, por favor.

Nightindale titubeó, pero se dio cuenta de cómo lo miraban todos los presentes, y comprendió que habría resultado absurdo que el director de la Agencia Telaraña se fuese en pos de una prostituta… En cambio, quien no tuvo empacho alguno en hacer esto, interpretando otra seña de Ewing, fue el asesino Nick, que había permanecido todo el tiempo en silencio discretamente ubicado en un rincón del salón. Salió sigilosamente al amplio vestíbulo, donde se encontró con Grayson.

—¿Has visto a la puta? —preguntó.

—Sí. Ha ido arriba.

Nick asintió, y se lanzó escaleras arriba. Llegó al dormitorio que antes había ocupado Florence, empujó la puerta, y entró. No vio a nadie en la habitación, por lo que dio el primer paso hacia el cuarto de baño anexo… empujando la puerta para cerrarla.

Entonces, la vio.

Florence, que había estado escondida tras la puerta, dio un paso hacia Nick, y acto seguido la punta de su pie derecho se hundió con golpe seco y certero en los genitales masculinos. Nick Welby emitió un bufido y se encogió, mientras sus ojos se desorbitaban… Pese a todo, intentó sacar la pistola de la funda axilar, pero Florence retuvo su mano, agarró fuertemente los dedos corazón y anular, y los rompió como si fuesen simples fideos. Acto seguido, y mientras en los labios de Nick comenzaba a temblar el alarido de dolor, pasó tras él y rodeó su garganta con el brazo derecho, en la implacable presa *hadaka-jime* de estrangulación de judo. Todavía insistió Nick Welby en sacar la pistola, pero apenas podía sostenerla, y una feroz sacudida por parte de Flo le hizo perder el arma, que rebotó en el suelo. Nick comenzó a forcejear para quitarse de la espalda aquella fiera, pero Flo se agarró a su cintura rodeándola con las piernas, derribándolo encima de la cama, ella debajo, él encima y de cara al techo. Las piernas de Flo sujetaron el cuerpo de Nick por las ingles, en una presa terrible, mientras su brazo derecho, ahora auxiliado por la mano izquierda ayudando a la derecha, iba cerrando más y más la presa.

La boca de Florence quedó muy cerca de un oído de Nick Welby.

—¿Recuerdas al hombre que matasteis en la playa el otro día? ¿Lo recuerdas? Se llamaba Walter Baines, y es él quien te está matando ahora…

Un sonido entrecortado, agónico, brotó de la boca de Nick, cuyos movimientos iban perdiendo fuerza. Ni por un instante consiguió aflojar la presa que lo estaba estrangulando, y ni tan siquiera con una uña consiguió rozar a quien lo estaba matando lenta e implacablemente. Todo lo que podía hacer Nick Welby era contemplar el blanco techo con sus ojos que parecían ir saliendo de las órbitas a marcha lenta…

Hasta que dejó de ver incluso el techo. Hasta que dejó de ver

todas las cosas que pueden verse en este mundo.

Entonces, Flo echó el cadáver a un lado, lo vio caer fuera de la cama, y ella se puso en pie.

Fue a donde había caído la pistola de Nick, la recogió, y se incorporó vivamente, aguzando el oído. A los pocos segundos, la manilla de la puerta se movió, la madera fue empujada, y entró el asesino Grayson Staple…, que respingó al ver ante él a Flo Maverick, con el brazo derecho extendido y apuntándole al rostro con la pistola de su compañero Nick.

—Entra y cierra la puerta —susurró Flo.

Grayson se pasó la lengua por los labios, pero vio la expresión en los ojos de Flo, y obedeció. Vio a Nick tendido en el suelo, cara al techo, y pudo contemplar sus ojos desorbitados y fijos en la Muerte. Lívido ahora, el asesino miró a la pantera negra, que le sonrió siniestramente.

—Tú te quedaste en la lancha mientras Emerson Fowles y Nick remataban al hombre de la playa, ¿verdad? ¡Contesta!

—Sí… Sí.

—Bien. Fowles está muerto. Nick está muerto. Ahora morirás tú.

—¿Quién… quién es usted?

—Camina hacia tu compañero y quédate de pie junto a él. En silencio.

El titubeo de Grayson fue breve. Caminó lentamente hacia Nick…, mientras Flo agarraba con la mano izquierda un almohadón de una de las butacas. Se acercó por detrás a Grayson, apoyó el almohadón en su espalda, apoyó la punta de la pistola en el almohadón y apretó el gatillo. El estampido quedó ahogado por el almohadón, pero la bala lo atravesó fácilmente, y fue a clavarse en el podrido corazón del asesino profesional, que emitió un brevísimo murmullo, como un gemido, y se desplomó de bruces sobre Nick, muerto fulminantemente.

Flo le quitó también la pistola a Grayson, y la metió en su bolso, junto a su inseparable pistolita de cachas de madreperla…, que parecía estar cargada y en normal funcionamiento, pero de lo cual no se fiaba la veterana espía, del mismo modo que no quería tocar la radio de bolsillo temiendo alguna trampa. De modo que mientras pudiera evitarlo, ni usaría su propia pistola ni la radio…

Apagó la luz del dormitorio, y se acercó a una de las ventanas,

mirando al exterior. La distancia hasta el suelo era de casi cinco metros, lo que de por sí era un salto peligroso; claro que podía colgarse del alféizar, y soltarse entonces, con lo que la distancia se reduciría a tres metros… Pero incluso tres metros de caída, en frío, era demasiada altura…

Estaba pensando en alguna solución cuando abajo vio aparecer a dos hombres, que se encontraron y se cruzaron. Más contratiempos: vigilancia nocturna. No era nada sorprendente, pero había tenido la esperanza de que no hubieran puesto vigilancia. ¿Cada cuánto tiempo debían de cruzarse los dos hombres delante de la casa? Además, claro, no debía de haber sólo dos hombres de vigilancia, debía de haber más, distribuidos por la villa… Claro: los atletas que formaban el comando al mando del joven chino. Y más en aquella noche especial, en la que habían acudido personajes de todo el mundo para afiliarse a la Agencia Telaraña, tenía que haber una vigilancia especial…

Pero ella tenía que salir de allí, desde luego. Y pronto, antes de que la reunión terminase y Nightindale decidiera subir tras ella.

¿Y si probase desde una habitación cuyas ventanas dieran a la otra parte de la casa, es decir, atrás?

Caminó sigilosamente hacia la puerta, se dispuso a abrirla, y de nuevo su fino oído la advirtió de la aproximación de alguien por el amplio pasillo.

Imposible salir sin ser vista. Retrocedió rápidamente tras encender la luz, y empujó enérgicamente los cadáveres de Nick y Grayson debajo de la cama… Todavía estaba irguiéndose cuando la puerta se abrió, y apareció Jefferson Nightindale, cuya expresión era colérica. Pero enseguida mostró desconcierto.

—¿Dónde está Nick? —Gruñó.

—¿Nick? No sé…

—¿No subió contigo?

—Sí, pero se fue. Vino Grayson, le dijo algo, y se fueron los dos.

Jefferson Nightindale parpadeó, algo confuso. Pero finalmente aceptó con agrado la situación. Se volvió, cerró la puerta, y luego sonrió a Florence.

—Desnúdate —exigió—. Haremos el amor.

—Oh, vamos, ¡qué tontería! —No pudo contenerse Flo—. ¿A qué viene esa insistencia en momentos como éste?

—Simplemente, hace tiempo que no lo hago, y tú me gustas, así que…

—Olvídelo. Como debería olvidar todo eso de la Agencia Telaraña. Cielos, ¿no se da usted cuenta de que sólo es un hombre de paja, Nightindale?

—Pero qué demonios estás diciendo, negra estúpida…

—¡No puede ser tan tonto! —Se impacientó Florence—. Precisamente fue elegido usted por eso, por cándido, por pasmarote… Se le hizo creer que era usted el genial creador de una agencia poderosísima, y lo están utilizando para que dé la cara. Lo han engañado y deslumbrado nombrándole director de una agencia que no es precisamente de prensa. ¿Ni siquiera la intervención de unos cuantos chinos le ha dado motivos para pensar, Nightindale?

—Pensar… ¿en qué?

—No están organizando una agencia de prensa, sino de asesinatos y espionaje… ¡No me diga que no ha comprendido esto!

—Bueno, sí, en parte… O sea… ¿Los chinos? ¿Qué tienen que ver los chinos con todo esto?

—Nightindale, ¡es usted un pobre imbécil! Pero quizá pueda serme de utilidad para salir de aquí. ¿Están todos en el salón todavía?

—Sí… Sí, sí.

—Bien. Bajaremos juntos, usted pedirá un coche, y…

—Señorita Montfort —exclamó de pronto Nightindale, atónito—… ¡Usted es Brigitte Montfort! Oh, claro que no, qué tonterías estoy diciendo… Pero… ¡Sí que es usted Brigitte Montfort! Pe-pero… ¿cómo… cómo es posible que…?

—Si no cierra la boca —le amenazó Florence— le voy a partir los dientes. Limítese a obedecerme: bajaremos a…

—¡Claro que no! ¡No entiendo qué está pasando, pero sí entiendo que es usted mi prisionera! ¿Y quiere que le diga una cosa?

—No tenemos tiempo para tonterías.

—Pues se la voy a decir: ¡siempre me ha gustado usted mucho…!

—¡Nightindale! —Casi gritó Florence Maverick—. ¡Si continúa comportándose como un idiota no voy a tener más remedio que lastimarlo!

—Ya sé que soy viejo para usted, pero siempre la he admirado y deseado… ¡Y la he envidiado como periodista, como persona de calidad! ¡Demonios! ¡Y ahora la tengo aquí, aunque sea teñida de negra con alguna asquerosa pasta que…!

El impacto de la mano derecha de Brigitte, en un lado del cuello del auténtico esperpento que era Jefferson Nightindale, terminó con la excitada charla de éste, derribándolo como si fuese un muñequito. Inmediatamente, Flo aguzó una vez más el oído, pues le había parecido oír de nuevo pisadas… Pero no. Al parecer, esta vez se había equivocado, se había confundido debido al parloteo de Nightindale. Se acuclilló junto a éste, y le dio unos cachetitos, hasta conseguir que recuperase el conocimiento. Nightindale se quedó mirándola como en sueños… Tardó cinco o seis segundos en reasimilar la realidad, y entonces quiso incorporarse al tiempo que lanzaba una exclamación.

Florence le puso una mano en el pecho, reteniéndole.

—Escuche esto —susurró—: si me ayuda a salir de aquí todavía podré hacer algo para evitar que el resto de su vida sea un desastre…, suponiendo que le dejen vivir mucho tiempo. Pero si continúa haciendo el cretino lo voy a dejar aquí para que se las arregle como pueda. ¿Me ha entendido?

—Pero… ¿cómo puede ser usted negra si es…?

Florence Maverick emitió un bufido de desesperación, y se dispuso a golpear de nuevo y ahora en serio a Nightindale, pues de ninguna manera podía comprometer su fuga con un imbécil. Pero, justo en el momento en que alzaba la mano derecha, la puerta de la habitación volvió a abrirse, y esta vez apareció, pistola con silenciador en mano, Mac Adam Ewing.

Capítulo VII

Se quedaron mirándose, Ewing apuntando a Flo, y ésta con la mano alzada dispuesta a golpear a Nightindale, que lanzó una exclamación de alegría.

—¡Mac! ¡Entra, entra…! ¡Ella es Brigitte Montfort, y tendrías que escuchar las cosas que ha dicho! ¡Dice que yo soy un hombre de paja! ¿No tiene gracia?

El desconcierto había hecho efecto inmediatamente en Ewing al oír el nombre de Brigitte Montfort. Pero enseguida su ceño se frunció, y su mirada cobró una dureza inusitada.

—Quédate quieta como estás —susurró.

—Escucha, no le hagas caso a este pobre chiflado. Él se ha caído y…

—Cállate. Eres una persona demasiado locuaz, Flo…, y ya empiezas a cansarme. Incorpórate, con las manos sobre la cabeza, entrelazados los dedos.

Y luego quédate quieta completamente. Si mueves aunque sólo sea un cabello te meteré medio cargador en las tripas.

Flo Maverick obedeció. Nightindale se apresuró a ponerse a su vez en pie, y la señaló excitado.

—¡Te aseguro que es Brigitte Montfort! —insistió—. Ha recurrido a algún truco para teñirse la piel, quizá con alguna crema… ¡Pero es Brigitte Montfort!

Mac Adam Ewing se acercó a Flo, con la mano izquierda agarró el borde del vestido, y dio un fuerte tirón, desgarrándolo y arrancando al mismo tiempo el sujetador, mientras la bellísima negra perdía el equilibrio hacia delante… Pero la boca del silenciador quedó apretando en su abdomen, y esto la hizo desistir de cualquier intento para cambiar la situación.

Por su parte, Mac Adam Ewing contemplaba los pechos de Flo. Y de pronto, los tocó, deslizando la mano por la sedosa piel.

—No hay nada en la piel de Flo —gruñó—. Ni crema ni nada. Sí, tienes razón, su rostro me recuerda el de Brigitte Montfort, pero sencillamente no es Brigitte Montfort. Además, no tiene los ojos azules.

—¡Debe llevar lentillas de contacto…! ¡Te digo que es ella!

—Este hombre es un cretino —aseguró Flo—… Pero yo también lo soy, por meterme en este asunto… ¡Y ni siquiera sé cómo me he metido en él! Escucha, quiero marcharme de aquí, no quiero saber nada de todo esto…

—¿Dónde está Nick? —La interrumpió Ewing.

—No lo sé. Estuvo aquí, vino Grayson a buscarlo, y se fueron. Luego vino este obseso sexual a hacer el amor conmigo, y me hizo enfadar…

Flo pareció ahogarse con la última palabra cuando Ewing, de pronto, le golpeó con el puño izquierdo a la altura del hígado. La negra soltó todo el aire, pareció que su rostro se tornase amarillento, y retrocedió, encogiéndose, con ambas manos en la zona golpeada. Ewing la apuntó a la cabeza con la pistola, fríamente.

—Yo envié a Nick contigo para que te vigilase, de modo que él tendría que estar contigo ahora. ¿Por qué no está? ¿Qué ha ocurrido?

Flo pareció querer contestar, pero sin conseguirlo. Terminó por caer de rodillas, y quedó encogida y respirando dificultosamente. Mac Adam Ewing, que miraba ahora a todos lados, vio sobre la cama el bolso de Flo. Se acercó, lo cogió…, y miró con desconfianza a la negra, al comprobar el insólito peso del bolso. Lo abrió y sacó de él las pistolas de Nick y Grayson. Nightindale lanzó una exclamación. Mac Adam Ewing lo miró, sonrió perversamente, y le apuntó al pecho con la pistola. Jefferson Nightindale palideció.

—Pero… ¿qué haces apunt…?

Plop, plop, plop.

A cada disparo, parecía que un pequeño volcán de sangre explotase en el pecho de Nightindale, lanzando salpicaduras a todas partes, mientras el director de la Agencia Telaraña retrocedía como si fuese recibiendo empujones. Llegó de espaldas a la puerta, chocó con ésta, pareció quedar adherido a ella por un instante, y luego, muy despacio, se fue deslizando hasta quedar sentado, dejando un

brochazo de sangre que brotaba por los boquetes de salida de las balas en la espalda. Su estupefacta mirada quedó fija en Mac Adam Ewing, que a su vez miraba con siniestro regocijo a Flo Maverick.

—Verdaderamente —dijo—, no se puede tratar con imbéciles. La primera vez que lo ponemos en circulación para que se dirija a los afiliados, y se comporta como un retrasado mental. ¿No estás de acuerdo?

Flo, que se había recuperado bastante del golpe en el hígado, asintió con un gesto, mientras murmuraba un sí apenas audible. Mac Adam señaló con la pistola una de las butacas del dormitorio.

—Siéntate ahí, y no hagas más la tonta, ¿de acuerdo?

Flo volvió a asentir.

Ewing miró a Nightindale, y de nuevo a la negra, que no parecía terminar de recuperarse.

—¿Tú crees que yo también soy un imbécil? —preguntó Ewing.

—No… No.

—De acuerdo. Entonces, dime dónde está Nick.

Flo señaló debajo de la cama. Ewing apretó los labios, fue a arrodillarse junto a la cama, y miró rápidamente debajo de ésta, regresando en el acto a su vigilancia sobre Flo Maverick.

—Muy bien —murmuró—, cuéntame ahora algo que no sea un cuento para niños tontos. ¿Quién eres tú? ¿Para quién trabajas?

—Me llamo realmente Florence Maverick, y trabajo para la CIA.

Ewing soltó una maldición, y acto seguido inquirió:

—¿Cómo habéis conseguido nuestra pista? ¿Por medio de Nightindale?

—No. Por medio del agente de la CIA que asesinasteis en la playa. Pero te voy a decir una cosa, Mac Adam Ewing: yo no tengo ahora deseos de hablar, sino de marcharme de aquí cuanto antes. Y si fueses realmente listo tú harías lo mismo…, y te esconderías bajo tierra una buena temporada.

—No le temo a la CIA. Tengo amigos que son tanto o más poderosos que vosotros.

—Eres tan cretino como Nightindale: tú no tienes amigos. Las personas que nos dedicamos al espionaje no tenemos amigos. Y menos, cuando cometemos fallos de importancia. Toma ejemplo: tú has eliminado a Nightindale… ¿Qué crees que harán contigo tus «amigos» cuando comprendan que tu presencia y existencia les

compromete?

—Tienes una lengua de víbora, negrita.

Flo apretó los labios y no dijo nada. De pronto, abajo oyeron el rumor de un motor que, los dos lo supieron enseguida, no correspondía a un automóvil. Flo dijo lo que ambos pensaban respecto a aquel motor:

—Es de un camión.

—Aquí no tiene nada que hacer ningún camión.

Ella no se molestó en replicar. Ewing se acercó a la ventana, y echó un vistazo. Abajo, en efecto, vio un camión…, por cuya parte de atrás estaban subiendo varias personas. Se volvió a apuntar y vigilar a Flo, que no se había movido. Se pasó la lengua por los labios.

—Ven aquí —ordenó—, y mira qué ocurre abajo. Dime exactamente lo que ves.

Florence asintió, y se acercó a la ventana. La idea de Ewing era buena: la hacía mirar a ella, y así él podía dedicarse a vigilarla.

—Veo varios hombres metiéndose en un camión —dijo inexpresivamente—… Son los afiliados a la Agencia Telaraña.

—No puede ser… Tenían que pasar todos la noche aquí, y por la mañana puntualizar todavía varios detalles…

—Pues se los van a llevar en un camión.

—No comprendo que mis hombres hagan eso…

—No son tus hombres. Es decir, no son los que hasta ahora han estado vigilando, patrullando por parejas que se encuentran dentro del recinto de la villa. Son hombres vestidos completamente de negro, los que…

Flo Maverick recibió por detrás el golpe de pistola en lo alto de la cabeza, y tuvo la sensación de que dentro de ésta explotaba una bomba. O quizá fue todo el mundo lo que explotó, y lanzó a ella hacia las más densas oscuridades del cosmos desconocido… Se derrumbó a los pies de Ewing, y al instante un hilo de sangre apareció por un lado de la cabeza, deslizándose hacia el rostro. Mac Adam Ewing titubeó, pero decidió dejarla tal como estaba, convencido de que tenía para un buen rato de inconsciencia, y que cuando despertase no estaría precisamente en condiciones de molestar demasiado. Además, él iba a volver enseguida junto a Flo, sólo quería bajar a ver qué estaba ocurriendo abajo…

Corrió hacia la puerta del dormitorio, apartó rudamente el cadáver de Jefferson Nightindale, y salió al pasillo.

No se oía nada en la casa…, absolutamente nada. Era un silencio… sepulcral.

—¡James! —llamó—. ¡Corbett!

Silencio de sepulcro.

Ewing se lanzó escalinata abajo. No había nadie en parte alguna. Miró en el interior del salón, que todavía estaba lleno de humo de tabaco, pero no había nadie tampoco allí. Salió del salón a toda prisa…, y casi se dio de manos a boca con el joven atleta chino llamado Yeng Lin, que le sonrió.

—Yeng… ¿Qué ocurre? ¿Dónde están todos?

—Estamos evacuando la zona, señor Ewing.

—¿Evacuando…? ¡De qué demonios estás hablando! ¿Quién ha dado esa orden absurda?

—Usted también debe venir al camión, señor Ewing.

—Espera un momento —dijo fríamente Ewing, apuntando al centro del pecho de Yeng con la pistola—, aquí soy yo quien da las órdenes. Y no se te ocurra creer que soy un bobo como Nightindale. Yo estoy metido en esto hasta el cuello, hice un trato muy concreto con Ao Pui, y estoy seguro de que él me concedió la importancia que merezco.

—Nadie está discutiendo la importancia de usted, señor Ewing. Pero hay que evacuar la zona, precisamente porque Ao Pui teme que la CIA y el servicio secreto británico hayan conseguido nuestro rastro. Ahora bien, si usted desea quedarse aquí, puede hacerlo.

—Desde luego que voy a quedarme. Y quiero saber dónde están mis hombres, los que…

El veloz gesto del atleta chino no pudo ser ni previsto ni controlado por Mac Adam Ewing, que al mismo tiempo que veía cómo la mano izquierda de Yeng apartaba su mano armada, recibía en el vientre la fortísima cuchillada que le arrancó un bramido de sorpresa y dolor. Mientras caía sentado, Yeng le arrebató la pistola. Acto seguido, se acuclilló rápidamente a su lado, y le asió por los cabellos, impidiendo que se derrumbase de espaldas.

—¿Y la mujer negra? —Inquirió Yeng—. ¿Dónde está la mujer negra?

Mac Adam Ewing contemplaba con gesto de estupor a Yeng,

cuyo gesto era cruel e impaciente. En aquel momento, por la puerta de la casa aparecieron dos chinos vestidos de negro, sombras silenciosas, que se acercaron a Ewing y Yeng. Ambos llevaban una metralleta colgando del cuello, ambos tenían sus lívidos rostros tiznados de negro. Ewing los miró, y miró luego a Yeng. No conseguía salir de su estupor.

—¿Dónde está la mujer negra? —insistió Yeng.

Ewing se había llevado las manos a la herida, y ahora las miró, cada vez más estupefacto. Era como si la cuchillada hubiera cortado los hilos que le conectaban con las realidades de la vida.

—¿Están ella y Nightindale jodiendo en alguna habitación? —Insistió Yeng, zarandeando la cabeza de Ewing—. ¡Conteste, maldito sea!

Todo el cuerpo de Ewing se relajó de pronto. Yeng se incorporó, hizo una seña, y los dos silenciosos chinos cargaron con Ewing, sacándolo de la casa. Segundos después, lo tiraban dentro de la caja del camión, donde rebotó blandamente. Mac Adam Ewing abrió los ojos, y vio junto a él un rostro en sombras, pero suficientemente conocido para identificarlo sin dificultad. Era Corbett, uno de sus hombres de confianza. Quiso hablar, pero no pudo. De pronto, vio otro rostro inclinado sobre el suyo. Era uno de los recién afiliados a la Telaraña, uno de los visitantes de la villa, uno de los que pensaban acogerse a los grandes beneficios de la Agencia y su servicio de asesinatos y de I. M. A., la Información Mutua Analizada.

—Ewing —jadeó el hombre—, ¿qué es todo esto? Un grupo de chinos han tomado la villa por asalto, han matado a todos sus hombres, y nos han metido dentro de este camión… ¿Qué está ocurriendo?

Mac Adam Ewing le oía perfectamente, e incluso tenía intención de contestar al hombre, pero en realidad lo que hacía era asimilar los datos, procesarlos en su mente, obtener unos resultados, unas conclusiones… De pronto, todo estaba claro para él: Ao Pui había comprendido desde el primer momento que Flo Maverick representaba, simplemente, la certeza de que los servicios secretos norteamericano y británico, o uno de ellos, habían conseguido su pista.

Ao Pui había tenido que encontrar algo en Flo Maverick, o en su

bolso, que se lo hizo comprender así. Entonces, se los quitó a todos de encima, los envió a la villa, y mientras él se quedaba en el yate, los norteamericanos y los británicos debían seguirlo a él y a Flo… Ao Pui les había echado carnaza a los yanquis y los británicos, y él se había quedado en el yate. Es decir, ya se las debía de haber arreglado para escapar, aunque fuese deslizándose al agua silenciosamente por el costado del yate no visible desde el embarcadero, para alejarse nadando, para escapar…, y dar a Yeng la orden de que cualquier pista relacionada con él fuese expeditivamente borrada… El grupo de chinos los eliminarían a todos, y luego desaparecerían, tan sigilosamente como el propio Ao Pui debía de haberse escapado de la vigilancia de yanquis y británicos…

—Es inútil —oyó—. No te oye. Se está muriendo.

Ewing parpadeó, y desvió la mirada hacia el afiliado que acababa de hacer el comentario que era todo un epitafio. Quiso decir que no se estaba muriendo, que le oía perfectamente, pero no pudo hacer otra cosa más que mover los labios… Justo en ese momento, las puertas de atrás del camión fueron cerradas, y se hizo la oscuridad completa. Alguien lanzó una maldición en alemán.

Y de pronto, comenzó a oírse el siseo, aquella especie de silbido como de aire que se escapa.

Posiblemente, el primero en percibir el olor a gas letal fue el propio MacAdam Ewing.

Fuera del camión, Yeng se dirigía en aquel momento al chofer, instalado ante el volante.

—Llévatelo de aquí, asegúrate de que todos han muerto, y deja el camión lo mejor escondido posible, de modo que cuando lo encuentren ya estemos todos lejos de aquí. Ya sabéis todos cómo tenéis que desaparecer de las Bahamas.

—Descuida.

—Márchate ya.

El chino puso en marcha el camión, que se alejó llevando la carga humana dentro de una caja hermética donde seguía entrando gas letal. Yeng Lin miró a los demás chinos que habían formado parte del grupo exterminador en la villa, y les hizo un gesto. Los chinos, simplemente, desaparecieron.

Todo quedó en silencio. Parecía que la villa estuviera

abandonada.

Pero Yeng sabía que dentro de la casa todavía quedaban Nightindale y la muchacha negra, así que tenía que entrar y encontrarlos, porque las órdenes de Ao Pui habían sido clarísimas y terminantes:

«—No debe quedar nadie con vida, Yeng, porque tengo por completamente seguro que han conseguido rastrearnos, y no podemos permitir que nos atrapen, ya que entonces la CIA o el MI6 llegarían a saber que todo el asunto de la Agencia Telaraña ha sido una idea y un montaje del Lien Lo Pou utilizando personal y servicios americanos para disponer de una enorme red de espionaje encubierto por actividades periodísticas en todo el mundo. La idea era buena, y posiblemente lo intentaremos de nuevo en otro lugar dentro de un tiempo…, pero ahora hay que desaparecer. Y, sobre todo, Yeng, que no quede nadie que pueda tan siquiera mencionar que en este asunto ha podido tomar parte el Lien Lo Pou…».

Como si todavía estuviera escuchando las palabras de Ao Pui, Yeng asintió, y se encaminó hacia la casa, cuyas luces continuaban encendidas. Entró, recorrió la planta baja, y luego, convencido de que Nightindale y la puta negra estaban en el piso superior, subió sigilosamente.

Ni siquiera dos minutos más tarde entraba, finalmente, en el dormitorio donde, bien a la vista, estaba el cadáver de Jefferson Nightindale. Se acercó a él y lo tocó. Comenzaba a enfriarse. Los muertos se enfrían tan deprisa…

Se incorporó, y, convencido de que en aquella habitación no había nadie más se volvió, para abandonarla y seguir buscando a la prostituta negra.

La vio entonces.

Estaba allí, frente a él, junto a la puerta. Sus facciones estaban un tanto desencajadas, y tenía todo un lado de la cara manchado de sangre. Pero la firmeza de la mano que empuñaba la pistola era reveladora. Reveladora de la fuerza física de aquella mujer. Reveladora de su resistencia, de su carácter invencible, de su tenacidad.

—No mueva ni un párpado —susurró Flo Maverick.

Yeng permaneció inmóvil. Realmente parecía una estatua. Una bella estatua de marfil vestida de negro.

—¿Todos los demás se han marchado? —inquirió la negra.

Yeng sonrió. No pensaba decirle nada a aquella mujer. Absolutamente nada de nada. Claro que podían someterlo a un tratamiento de drogas, y entonces no podría resistirse a nada de lo que quisieran hacer con él. La idea no le gustó. Sin embargo, de pronto, sonrió, porque acababa de darse cuenta de que el ojo derecho de la prostituta era negro, pero el izquierdo era azul. Cosa chocante… En realidad, no tanto; simplemente, aquella negra tenía los ojos azules, había estado llevando lentillas de contacto de color negro, y ahora, seguramente debido al golpe que le había causado la sangre en la cabeza, había perdido una de las lentillas… Pero sí, era chocante. O al menos era sorprendente encontrar una negra que tuviera los ojos azules…

—Estoy segura de que no es usted mudo —dijo la negra—, de modo que no me preocupa su silencio actual. Ya hablará cuando le lleve a cierto lugar. Ahora, colóquese de espaldas a mí, extienda los brazos hacia delante, y camine hacia atrás acercándose a mi posición.

Yeng Lin volvió a sonreír.

Despacio, suavemente, sacó la navaja con la que poco antes había herido mortalmente a Mac Adam Ewing. Captó el gesto de la negra moviendo la pistola, como recordándole que la tenía, y que le iba a disparar si intentaba la absurda empresa de atacarla. Yeng Lin sonrió más ampliamente. Parecía un hermoso, atlético, sanísimo muchacho feliz.

De pronto, sin dejar de sonreír, alzó la mano armada de la navaja, y se degolló limpia y certeramente de un solo y espléndido tajo.

Este es el final

Estaba seguro de que Yeng Lin había muerto.

Si no había acudido a la cita para escapar finalmente de la zona de peligro, era porque había muerto. Como fuese, sabía con toda certeza que no debía preocuparse por Yeng, pues era de los buenos, de los que sabían qué hacer en todo momento.

Pero no podía esperarlo más, de modo que se dirigía hacia el Miami Internacional Airport.

No dejaba nada comprometedor en Miami, donde durante los últimos dos años había tenido su puesto de mando de zona para los servicios del Lien Lo Pou. Había estado viviendo en un modesto apartamento, convencido de que ni la CIA ni el FBI se habían fijado jamás en él por ningún motivo. Pero, en el fondo, tenía la decepcionante sensación de que había estado equivocado. Quizá sí alguien se había fijado en él, aunque sólo fuese la noche que abordó el yate *Abismo*, que Ewing había enviado a Miami desde Nassau para recogerlo a aquellas discretas horas de la noche… Quizás alguien que conocía el yate del multimillonario Ewing se había extrañado de ver subir a bordo a un chino a aquellas horas, y más cuando el yate, en contra de los más extendidos usos, se hacía a la mar de noche… apenas él hubo subido a bordo.

¿Podía ser que le hubieran seguido desde Miami hasta Nassau? Porque si había sido así, era él quien había proporcionado a la CIA el primer rastro.

Claro que eso significaba que se habían fijado en él, que sabían que habitualmente residía en Miami…

Al pensar esto, Ao Pui sintió un hondo estremecimiento, porque si se habían fijado en él antes de lo ocurrido en Nassau, significaba que sabían que él había estado operando en Miami, y que debía de tener allí un escondrijo, un puesto de mando del que, tarde o temprano, tendría que retirar las pocas cosas apenas

comprometedoras, pero siempre peligrosas si se dejaban atrás…

Pero no.

¿A quién se le habría ocurrido que el chino que había escapado tan hábilmente la noche anterior del yate de Mac Adam Ewing estaba en aquellos momentos a punto de tomar un vuelo nocturno hacia San Francisco, para desde allí volar a Tokio y desde allí a Hong Kong…?

Claro que no. Qué tontería.

Podía estar tranquilo y bien tranquilo.

El taxi en el que viajaba le dejó frente al edificio del aeropuerto. Ao Pui pagó el servicio, se hizo cargo de su única y pequeña maleta, y entró en los amplios vestíbulos. Miró el reloj situado a su derecha, cerciorándose así de que todavía faltaba casi una hora para que despegase su vuelo. Se sentía ligero, casi feliz. Ni se acordaba de que había ordenado el asesinato de muchas personas cuyos cadáveres serían algún día encontrados dentro de un camión preparado como cámara de gas. Ni se acordaba. Él tenía que escapar, tenía que abandonar su puesto, y posiblemente el Lien Lo Pou tardaría muchos años en volver a utilizarlo, ya que había quedado en evidencia en Nassau. O quizá nunca más lo utilizasen, quizá le diesen el retiro definitivo. Ah, eso tampoco estaría nada mal, no señor, no estaría mal…

Compró un par de revistas, fue a sentarse en una butaca del compartimiento de espera, y abrió una de las revistas.

Le encantaban las chicas americanas, eso sí. Eran tan… estimulantes. Las orientales eran… como un perfume, y las americanas eran… como… como… ¡como la Coca-Cola! ¡Exactamente, como la Coca-Cola, burbujeantes, vibrantes, chispeantes, vitales…!

Sonriendo ante sus ideas no poco peregrinas, Ao Pui pasó la página, al tiempo que alzaba como casualmente la mirada.

Y entonces vio a la negra.

Estaba a media docena de pasos de él, de pie, dándole frente, mirándole con irónica sonrisa. Con perversa sonrisa gélida. Durante unos segundos, las miradas de Ao Pui y Florence Maverick permanecieron fijas una en otra, como conectadas, como soldadas. Ao Pui no podía asimilar la realidad: alguien sí había sido capaz de comprender todo desde el principio, de obtener conclusiones, de

deducir que él había sido seguido desde Miami y que por tanto posiblemente residía allí habitualmente y por tanto, antes de desparecer tendría que pasar por Miami para recoger algunas cosas. Sí, alguien había sido capaz de valorar, comprender, deducir todo esto. Y ese alguien era la prostituta americana… que a él no le había engañado en ningún momento, que había sido, precisamente, quien le había puesto sobre aviso de que algo comenzaba a ir mal. Había encontrado en el bolso de ella la pistolita, y la radio camuflada en el paquete de cigarrillos. Ah, la CIA, la maldita CIA le había rastreado por fin…

Y ahora, una simple y vulgar agente, de raza negra por añadidura, le había dado caza.

¿O todavía tenía alguna posibilidad de escapar…? Miró alrededor, y vio a los cuatro hombres algo alejados, que parecían ajenos a él, pero que supo distinguir como agentes de la CIA.

Volvió a mirar a la negra, que se acercaba felinamente a él. Ella se detuvo a tres pasos, y metió la mano dentro del bolso.

Ao Pui supo que ella iba a sacar una pistola…, posiblemente aquella pequeña pistola de cachas de madreperla, y que le iba a matar allí mismo, sin dejar de sonreír.

Y entonces, sólo entonces, Ao Pui tuvo como una revelación que le produjo un tremendo sobresalto. Miró los ojos de la negra…, y vio que ella no tenía los ojos negros, sino inmensamente azules. Y viendo aquellos ojos color cielo, aquellos rasgos finos de pómulos altos, aquel trazo de los labios, Ao Pui supo de pronto, con toda certeza, quién era la negra que él había tenido en su poder, y que había desdeñado enviándola a morir masivamente, como los demás, en la villa del ambicioso y fanático de poder Mac Adam Ewing.

Pero entonces ya era demasiado tarde para Ao Pui, porque, en efecto, la hermosísima negra sacó su pistola de cachas de madreperla, le apuntó a la frente, y dijo:

—De parte de Walter Baines.

Plof, chascó la pistola en la mano de Baby.

FIN

Notas

[1] En inglés, *cobweb* significa telaraña. < <